

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA CALI

**Andrés Felipe París - Editor**

# PORTALES

**Laura Vanesa Pedroza Holguín - Diana Sofía Castro Ramírez  
Dahiana Ramírez Hernández - Karen Melissa Bernal Garcés  
María Camila Castro Vallecilla - Mayerlin Montenegro Arias - Luis Carlos Rodríguez Vinasco**









**UNIVERSIDAD DE  
SAN BUENAVENTURA  
CALI**



**PORTALES**



UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA CALI

**AUTORES**

Laura Vanesa Pedroza Holguín - Diana Sofía Castro Ramírez  
María Camila Castro Vallecilla - Dahiana Ramírez Hernández  
Mayerlin Montenegro Arias - Karen Melissa Bernal Garcés  
Luis Carlos Rodríguez Vinasco



Andrés Felipe París  
**EDITOR**

© Universidad de San Buenaventura Cali



Editorial Bonaventuriana

*PORTALES*

© Editor: Andrés Felipe París

© Autores: Laura Vanesa Pedroza Holguín, Diana Sofía Castro Ramírez, María Camila Castro Vallecilla, Dahiana Ramírez Hernández, Mayerlin Montenegro Arias, Karen Melissa Bernal Garcés, Luis Carlos Rodríguez Vinasco

© Editorial Bonaventuriana, 2020

Universidad de San Buenaventura  
Colombia

Dirección Editorial Cali

Calle 117 No. 11A-62

PBX: 57 (1) 520 02 99 - 57 (2) 318 22 00 - 488 22 22

e-mail: [editorial.bonaventuriana@usb.edu.co](mailto:editorial.bonaventuriana@usb.edu.co)

[www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co](http://www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co)

Colombia, Sur América

Ilustraciones: Diana Sofía Castro Ramírez

Diseño y diagramación: Edward Carvajal Arciniegas

Los autores son responsables del contenido de la presente obra.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio,  
sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.

ISBN: 978-958-5415-XX-XX

Libro digital

Cumplido el depósito legal (Ley 44 de 1993, Decreto 460 de 1995 y Decreto 358 de 2000).

2020



**LIBRO HÍBRIDO**  
EDITORIAL BONAVENTURIANA

Este libro incorpora algunos  
elementos multimediales.



Cuando encuentre uno de  
estos íconos, haga clic en él  
para escuchar los audios o  
para ver los vídeos.



Prólogo | 14

# 01

Laura Vanesa  
Pedroza Holguín

¿Condena o  
absolución? | 25

Inexorable | 27

Pesadilla | 28

Complicidad | 31

La huida | 32

Intercambio | 35

# 02

Diana Sofía  
Castro Ramírez

Ella | 37

La lata de sardinas | 41

La espera | 42

La compra | 43

Curiosidad | 44

Abre la boca | 45

# CONTENIDO



# 03

Dahiana  
Ramírez Hernández

Un amor inesperado | 47

Mil inconformidades | 49

# 04

Karen Melissa  
Bernal Garcés

- En la tarde | 51
- Caminaba lentamente | 52
- Una fila | 53
- ¡Está ocupado! | 53
- Andropausia | 54
- La caverna | 56

# 06

Mayerlin  
Montenegro Arias

- Almas | 69
- La verdad | 73

# 05

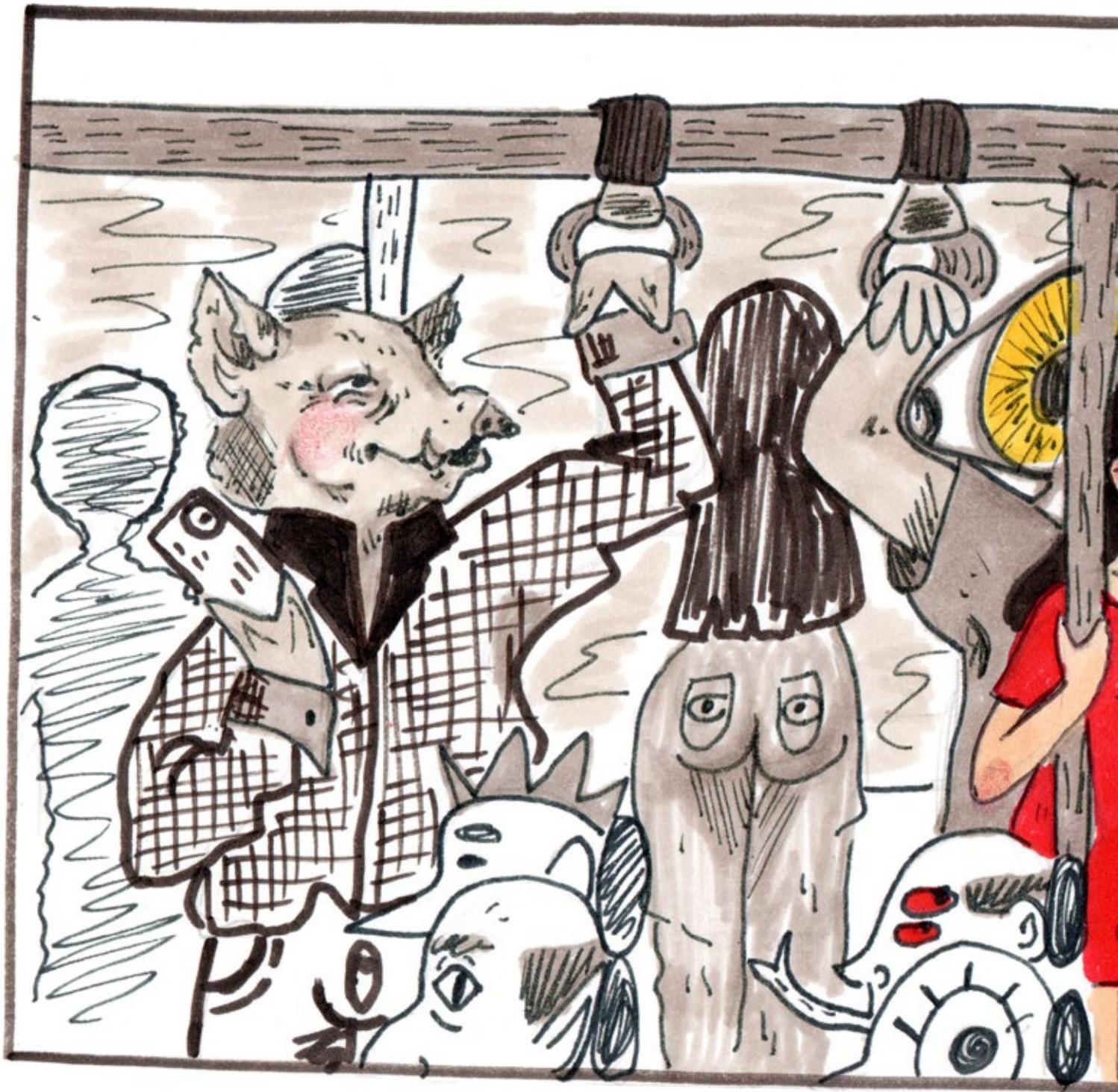
María Camila  
Castro Vallecilla

- Beso con sangre | 59
- El maíz | 62
- Segunda vez | 63
- Cazador | 66
- Dale duro | 67

# 07

Luis Carlos  
Rodríguez Vinasco

- Desahogo | 77
- Géiser | 80
- Reminiscencias | 83
- Mis tristes recuerdos | 84
- Todo yo | 85
- Paralizado | 86







# PROLOGO



Cada vez que comienzo mi curso Escritura Creativa: Géneros Narrativos, en la Universidad de San Buenaventura Cali, les preguntó a los estudiantes: ¿cómo es un escritor? Las respuestas son ingeniosas. Sin embargo, muchas de ellas giran en torno al otro, a lo profesional, a la televisión y a los proyectos de investigación. La situación cambia cuando la pregunta se hace introspectiva: ¿es usted un escritor? Y es cuando aflora el prejuicio, el paradigma, la visión desde afuera; el sentido común que tiene mucho de común y poco de sentido. Es posible que no se haya dado cuenta, pero usted, querido lector, al igual que mis estudiantes: es un escritor. ¿Me equivoco?

Cada vez que  
comienzo mi curso...

Todos somos escritores, forma parte de nuestra esencia. Un escritor es alguien que escribe. Ahora que estamos de acuerdo, quítese la boina, rasúrese el bigote, desabróchese la guayabera, apague el puro y vacíe la copa de vino.

Escribir es un proceso de gran complejidad que requiere enormes niveles de concentración y varias horas de trabajo. En diferentes momentos de la historia los grandes maestros de la literatura fueron interrogados por los críticos o periodistas (que también son escritores pero la mayoría frustrados) por sus raptos de inspiración. Recuerdo muy bien que Vargas Llosa respondió que la 'iluminación' solo se produce durante el trabajo. García Márquez aseguró que la inspiración ha de ser recíproca con la técnica cuando esta última fuera necesaria para compensar la primera. El gran fabulador del Misisipi, William Faulkner, decía: Yo no sé nada sobre la inspiración, porque no sé lo que es eso. La he oído mencionar, pero nunca la he visto. No existe el arrebató, la vena, la musa, la inspiración, la genialidad, la iluminación... lo que los escritores en formación necesitan para ser escritores profesionales o literatos es dedicación, esfuerzo y constancia. Sépalo, lector, es la única manera.

El gran maestro E. A. Poe, en sus textos teóricos sobre la escritura *La filosofía de la composición* (1956), *Hawthorne y la teoría del efecto del cuento* (1956) y *Sobre la trama, el desenlace y el efecto* (1945), centra su mirada en las características del cuento: brevedad, tensión, tema, argumento, ambiente, tono, estilo narrativo, ritmo, unidad o efecto, originalidad y verosimilitud. Maupassant, Chejov y Quiroga, quienes también cultivaron el género, estuvieron de acuerdo con el genio de Baltimore. En ellos se encarnan las dudas, las ausencias, las existencias y los saberes de un trabajo que requiere de cierta sensibilidad. No pretendo persuadirlo, querido lector, pero estoy convencido que el mejor crítico es el escritor.

El escritor es un artista que debe ir más allá de lo evidente. Pero también debe ser un constructor: su misión es encontrar las estructuras narrativas que soportan el peso de la diégesis; de lo contrario, es un lector. Todos los escritores somos buenos lectores, pero no

---

**El escritor es un artista que debe ir más allá de lo evidente. Pero también debe ser un constructor: su misión es encontrar las estructuras narrativas que soportan el peso de la diégesis; de lo contrario, es un lector.**

---

todos los lectores son buenos escritores. Es necesaria la precisión y la economía del lenguaje. El detalle, la sugerencia, el ambiente y la capacidad expresiva deben girar en torno a capturar la esencia del ser humano. Lograr la expresión, la fuerza y la intriga en un texto breve es complejo. De esta manera, usted y yo estamos de acuerdo en que la clave del cuento es que capture al lector, que no lo suelte, que lo lleve de la mano hasta el final.

Al inicio de nuestro curso les hice la propuesta a los estudiantes sobre una compilación de los trabajos a finales del semestre, con la finalidad de alcanzar tres objetivos. El primero, revisar los aciertos y transformaciones de cada proceso escrito durante el curso. El segundo, motivar a los estudiantes en su proceso formativo y escritural, puesto que la posibilidad de publicar sus obras resultaría un aliciente. Para ello, se establecieron varias metodologías de trabajo: lectura y análisis de cuentos, descripciones de ambientes cotidianos, anécdotas personales y familiares, uso de fórmulas presentadas por famosos escritores, historias conocidas vueltas a contar.

Lo anterior se planteó en diferentes momentos del curso y en relación con los soportes con que contábamos. Al coincidir nuestro trabajo con la pandemia mundial de la COVID—19, los medios que utilizamos en el proceso de escritura se transformaron: dejamos el aula de clase y nos integramos a la comunidad virtual. Realizamos todo tipo de ejercicios escritos en las redes sociales, un acierto a mi modo de ver puesto que ello nos permitió vincular la virtualidad al proceso escrito. El trabajo colaborativo también resultó indispensable debido a que dentro del taller, las voces de las escritoras se iban formando en sus lecturas, hallazgos, maneras de expresar y manifestar su sentir poético.

Desde un principio, el equipo de coordinación del proyecto Portales tenía en mente la publicación de un libro digital que capturara no solo los mejores relatos que se produjeron, sino que también tuvieran la posibilidad de expresarse a través de otros lenguajes. Para ello se hizo un trabajo de



edición de las historias, en el cual las escritoras, la asistente de docencia Laura Vanesa Pedroza, el docente, Andrés París, el encargado de producción Edward Carvajal y la ilustradora Diana Sofía Castro, participaron para enriquecer las puestas en escena que presentamos en el presente libro, alcanzando así el tercer objetivo que se materializa en el documento que tiene en sus manos.

La presente antología compuesta de 33 narraciones de las jóvenes escritoras que participaron en el curso Escritura Creativa: Géneros Narrativos, comenzó a gestarse desde principios del año 2020. En sus letras se entretajan diversas poéticas que conceptualizan temas generales a partir de una concepción personal. Todos los relatos buscan, de una manera u otra, contribuir a la revisión de la mirada de los jóvenes marcada por la cotidianidad que se expresa en la urbe; en sus líneas clama la voz de la cultura juvenil confabuladas con la tradición cultural de nuestro tiempo.

Desde siempre, la literatura colombiana ha sido impulsada por los nuevos creadores. La poesía inunda las calles y afecta los imaginarios colectivos. La literatura es un elemento fundamental de transgresión a la historia dominante, al relato de los *mass media* y del Estado. Ante esta multitud de voces, las jóvenes se plantean una nueva visión fragmentada, diáfana, urbana, ecléctica, posmoderna. En esta antología, nuestras autoras destacan por su calidad y puedo asegurar que en poco tiempo estarán formando parte de la vasta colección literaria de nuestro país. A partir de este panorama, estimado lector, permítame presentarle a cada una de las escritoras junto con las obras que usted encontrará en este libro digital.



## Laura Vanesa Pedroza Holguín

Laura Vanesa Pedroza Holguín resalta en sus textos el drama humano que encierran las decisiones. Cada uno de sus personajes se encuentra en disyuntivas que harán que cada acción marque el comienzo o el final de una carrera de situaciones. En su cuento *¿Condena o absolución?* encontramos un mundo de terror del que no existe otra salida más allá de la propia absolución. En *Complicidad*, la mirada dantesca vuelve a presentarse en esta ocasión en una circunstancia propia de la cotidianidad. Por su parte, el relato *Inexorable* presenta la realidad de abandono a la que muchas mujeres se ven abocadas debido a la precariedad de opciones existentes. La presencia de la mujer sigue siendo clave en *Intercambio*, un relato de época que deja ver lo más oscuro del alma humana contrapuesto con la inocencia de la niñez. Finalmente, el relato más desgarrador de nuestra antología es *La huida*. Aquí la violencia armada aflora en cada verso; el dolor profundo que entraña la pérdida del hogar, la familia, el amor y la inocencia de un país abatido por intereses mezquinos.

Diana Sofía Castro Ramírez, escritora e ilustradora, participa en esta antología con sus escritos *Ella*, *La lata de sardinas*, *La espera*, *La compra*, *Curiosidad* y *Abre la boca*. En ellos, la muerte, la repulsión, la desesperación, el abandono y la complicidad direccionan el proceso escritural y lo configuran como un ejercicio que capta y expone la condición humana en relación con las emociones (desde las más infantiles hasta las más infames) y las sensaciones. De igual manera, es la encargada de darle forma al relato gráfico que acompaña el libro, así como su portada y contraportada.

## Diana Sofía Castro Ramírez

Dahiana Ramírez Hernández, construye sus relatos en torno al acoso sexual en *Mil inconformidades*, en el cual el personaje se encuentra en una encrucijada demarcada por los aparatos sociales y el destino. En contraste, *Un amor inesperado* se construye como un relato cuya trama gira en torno al amor y a su concepción idealizada.

## Dahiana Ramírez Hernández

Karen Melissa Bernal Garcés presenta en su relato *En la tarde*, la violencia promovida por elementos pasionales, el argumento que propicia la construcción de la diégesis. De la misma manera, *La caverna* aborda esta temática focalizando el maltrato intrafamiliar como el hecho que sustenta el diálogo entre los personajes. De manera breve y precisa, en *Caminaba lentamente* relata sucesos en torno a hechos mágicos. Por otra parte, presenta la compleja realidad social enmarcada en las dinámicas de la emergencia sanitaria por la COVID—19 en *Una fila*. Para finalizar, expone situaciones cotidianas dadas en espacios comunes en los que la realidad nos devela más de lo que percibimos a primera vista *¡Está ocupado!* y *Andropausia*.

## Karen Melissa Bernal Garcés

María Camila Castro Vallecilla, nos presenta *Beso con sangre*, relato en el que se caracteriza la presencia de la muerte en relación con lo pasional. De la misma manera, *Segunda vez* se centra en las emociones y cómo estas son detonadas por situaciones en las cuales lo humano se enfrenta a la muerte. Por otra parte, *El maíz* desarrolla un modo narrativo ambiguo y erótico, un ejercicio basado en elementos analógicos. *Cazador* es un relato que materializa el acoso y cómo este se percibe desde la mirada de quien lo ejerce en lugares tan recurrentes como en el transporte público. Para finalizar, *Dale duro* destaca por ser un relato con elementos jocosos dados en espacios familiares.

---

## María Camila Castro Vallecilla

## Mayerlin Montenegro Arias

Mayerlin Montenegro Arias centra su eje temático del relato en torno a los sentimientos y cómo estos influyen en la toma de decisiones. *Almas* es un escrito en el que el amor media el destino de los personajes y los lleva a límites inimaginables. Por su parte, *La verdad* se construye como un relato en el que la intriga y la dicotomía entre la verdad y lo oculto, entrelazan la historia de los personajes en un ejercicio dialógico.

Luis Carlos Rodríguez Vinasco, escritor y músico, exhibe el fenómeno delincencial en *Desahogo*, cuyo argumento es encarnado por un personaje que debe sortear los obstáculos de la cotidianidad en una situación vergonzosa. En contraste, *Reminiscencias* se conforma como un relato en el que la experiencia y los recuerdos fungen de puente entre lo humano y lo afectivo. En *Mis tristes recuerdos*, el autor envuelve a los personajes en un amor trágico enmarcado por el engaño, elemento que devela la naturaleza más irracional del hombre. *Todo yo* es un relato que entrelaza una situación familiar en la que se visibilizan las nuevas dinámicas sociales dadas por la emergencia sanitaria de la COVID—19. En *Paralizado*, se conserva el ambiente del hogar, pero con un matiz fatal. Finalmente, *Géiser* se caracteriza por ser un relato en el que cada línea manifiesta la violencia que empaña la cotidianidad de los personajes que están inmersos en sitios urbanos.

## Luis Carlos Rodríguez Vinasco



la  
fu

---

**Estimado lector, como ha podido apreciar, la violencia, aunque nunca fue un elemento encuadrado dentro de los lineamientos del curso, está presente como una constante en los relatos aquí presentados.**

---

Estimado lector, como ha podido apreciar, la violencia, aunque nunca fue un elemento encuadrado dentro de los lineamientos del curso, está presente como una constante en los relatos aquí presentados. Aparece como una segunda historia desde situaciones enmarcadas dentro de la cotidianidad, hasta abusos sexuales, pasando por el determinismo de los discursos de género y la guerra civil vivida en los campos de Colombia. La realidad social y política del país emerge y nos dejan ver que las heridas de la guerra aún se encuentran abiertas en las jóvenes generaciones. Finalmente me queda por decirle, apreciado lector, que en la presente antología encontrará siete escritores en formación que deleitarán sus sentidos con una propuesta estética diversa, con un grupo de

obras que lo invitarán a reflexionar y le llevarán a cuestionarse los sentimientos que fundan todo proceso lector.

De ustedes, un servidor  
Andrés Felipe París  
Editor

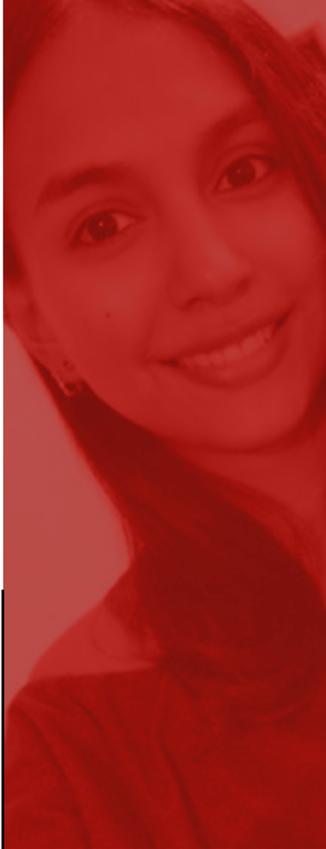
e llevarán a cuestionarse  
los sentimientos que  
ndan todo proceso lector.





ANTOLOGÍA

ANLOGIA



LAURA  
VANESA  
PEDROZA  
HOLGUÍN

Varias



## ¿Condena o absolución?

Varias gotas de sudor refrescan mi cuerpo mientras el fuego abrazador me consume cruelmente. En estos dominios la luna y sol son astros eclipsados por lo inadmisibles del tiempo sumergido en la condena imperecedera; solo hay lugar para la densidad de las sombras que cubren cada espacio, cada ser. Mi alma no está atrapada en las tinieblas, ella es una más de un gran conglomerado que perpetúa la eterna noche; emana todo lo sombrío y siniestro. Hace varios siglos que cumplo un destierro inaudito. Con el tiempo te acostumbras a todo: el dolor cesa cuando se lo induces a alguien más.

Porque si Dios no perdonó a los ángeles cuando pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a fosos de tinieblas, reservados para juicio.

A mis visitantes este lugar les resulta tan acogedor que nunca lo abandonan, no son capaces. No es casualidad. Nuestros caminos ya se habían cruzado. Hace un tiempo contemplé sus rostros, solo que ahora están teñidos por miradas de agobio y arrepentimiento. Desde las profundidades de mi despacho observo cómo la eternidad destruye la poca esperanza de sus abatidas almas. Gritos de júbilo armonizan el recinto todos los días, los cuerpos se azotan y retuercen de emoción. No más la palabra consensuada para darle continuidad al ritual seleccionado por ellos. Así lo demarcaron sus acciones. Aquí ¿se puede escapar del destino?

gotas de sudor refrescan

Y el humo de su tormento asciende por los siglos de los siglos; y no tienen reposo, ni de día ni de noche, los que adoran a la bestia y a su imagen, y cualquiera que reciba la marca de su nombre.

El cese de actividades no está permitido. La entrada se encuentra atiborrada de personas deseosas por ingresar. La caminata alrededor del lago de los lamentos, la asignación del cuarto y el acompañante que divertirá su espíritu con diversas torturas para cada uno, el ruido ensordecedor de cada infamia mencionada, de las traiciones disfrutadas, de las mentiras arraigadas y las verdades escondidas. ¿Es acaso la vida un castigo encarnado? Aquí sí, pues solo reina la desolación, la podredumbre y el frío de un fuego incesable: un laberinto sin salida, el hogar de las almas que escaparon para encontrarse a sí mismas perdidas. Un ciclo de sufrimiento sin fin. ¿La vida es vida aun cuando se vive sin sentido? Vivir es una ilusión recreada por el miedo a morir.

No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno.

Muerte. El crujir de dientes se convierte en una realidad. El dolor espiritual se padece con sangre. Las punzadas rasgan y sanan inmediatamente para que sean constantes. La sed es saciada con el azufre de lo que parecía ser agua. Los alimentos desaparecen antes de ser ingeridos mientras sale a relucir la carroña. Los ojos lascivos de una damisela se tornan en miradas perturbadoras y atemorizantes. Los gusanos: una y otra vez atravesando cada orificio del cuerpo, dejando sus huevecillos: el alimento de cientos de moscas que se posan en cada llaga infectada por las laceraciones propiciadas por los vengadores empedernidos. Nadie puede poner en duda que mi trasegar por este valle de la muerte ha sido remarcable.

Porque la paga del pecado es muerte [...]

Algunas cosas son verdades constantes en todos los espacios: destrucción, perdición y sufrimiento. Aún no descifro la diferencia sustancial para distinguir un espacio del otro. El dolor es un estado que no conoce fronteras. ¿Hay vida después de la muerte? Mi muerte ha sido la ilusión de vida que he encarnado en este cuerpo humano que reside en esta maligna tierra: el peor castigo, el verdadero infierno, mi segunda muerte.

Y el que no se encontraba inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego.

## Inexorable



El frío de las tres de la mañana es el más escalofriante. Hace treinta minutos que María está sentada junto a la repugnante fuente de la plaza de Caicedo. Sus trajinadas piernas yacen inquietas y adormecidas. Da un vistazo a la baratija que marca la hora: 2:50. Mira a su alrededor y observa cómo Mike hace un gesto con su cabeza: la señal que la convoca a un par de hechos nauseabundos. Acomoda su corta falda, aprieta su sostén mientras que salen a relucir sus moderados senos entre el agujereado escote negro. Vuelve a mirar su diminuto espejo; era el último retoque. Con fuerza pinta sus labios de rojo y los junta para que el color sea uniforme. Da un par de pasos inestables acompañados de su pulso cardíaco y respiración casi ininterrumpida.

—No te tardés. Ya sabés, es el último de la noche. Ponte bien, perra.

—Ya le cogí el tiro a esto. Tranquilo. ¿Cuánto paga?

—Son setenta por diez minutos. Te está esperando en el carro gris que está sobre la esquina de todo el Banco AV Villas.

Mira hacia el cielo. Tiene ganas de huir aunque sus pasos parecen firmes. Abre la puerta del sedán gris y finge una cándida sonrisa. Sin mediar palabra alguna, el carro se tambalea bruscamente mientras los vidrios se empañan por los gritos ahogados de los falsos amantes. María ni determinó el rostro del hombre que acababa de eyacular sobre su cara, simplemente sintió cómo el vaho de su miembro se desparramaba sobre sí. Su fluido era viscoso y grumoso. Recibió su pago, se limpió con un pañuelo y cerró la puerta. El frío chocó contra su ferviente piel mientras se acomodaba la falda y el cabello. Se erizó. Ya no lloraba como las primeras veces, ahora buscaba en el firmamento, adornado por las gigantescas palmas, una respuesta a su destino.

—Ya es hora de partir, dijo el negro Mike.

—Sí, ya está tarde. Son las tres de la mañana.

En el desorden de su bolsa busca las llaves de su casa. Las introduce con cautela y abre la puerta con lentitud. No quiere hacer ruido. En vano. Lo primero que ve son los ojos de su chiquillo quien entre abrazos y sonrisas le pregunta si mañana cenarán.

## Pesadilla

Nuevamente, fue un día fatal. Sentada en la banca gris del parque central de Areguá, el pueblo al que había llegado con la ilusión de convertirse en la mejor economista del país, Daniela mira el infinito vacío del firmamento. Por sus mejillas discurren lágrimas coléricas y afligidas. Es razonable: estaba exhausta de ser sometida a indignantes tratos. Ya había decidido que sus días en el Banco de Paraguay llegarían a su fin. Recordó con odio las humillaciones, las miradas lujuriosas y los comentarios machistas de su jefe. Sobre todo, las veces que le habían negado el ascenso solo porque no quiso garcharse al puto gordo.

—Danielita, mi amor. Eres una mujer talentosa. Pero en este mundo no solamente basta eso. Necesito un poco de lo que guardas ahí, entre tus ricas piernas: *Joporo'u*.

Todo cambió cuando Aníbal rozó levemente, con la punta del dedo índice, su pierna derecha. No era accidental. Ese gesto estuvo acompañado de una mueca grotesca e insinuante. Después de ese episodio, le ordenó que sustituyera el uso de pantalones de lino por faldas cortas, acompañadas por unas sensuales medias veladas. Seguido, las blusas manga larga por unas de tiritas, escotadas. Luego, las continuas llamadas en la noche con el pretexto de ser asuntos laborales. Ni hablar de la cantidad de veces que intentó comprarla con algunos artilugios: collares con pequeños rubíes que colgaban de un dije bañado en oro, invitaciones a los más finos restaurantes y ramos con adornos florales extravagantes. Cuando Daniela se percató de todo ya era muy tarde. Su anhelo por destacar le había puesto un velo en los ojos. Aníbal era un cerdo.

El lugar soñado se había convertido en la peor pesadilla. Ya no despertaba con la emoción de las primeras semanas. Sus días transcurrían en una lucha interna: contarle todo o no. Por un lado, las amenazas; por el otro, enfrentarse al hombre más poderoso de todo Asunción: el puto amo.

Después del forcejeo de aquel día en la oficina, donde intentó desgarrar sus vestidos para meterle su asqueroso miembro, Daniela decidió terminar el tormento. Las imágenes se repetían incansablemente: Aníbal sometiéndola contra la pared mientras con su mano izquierda tomaba su cuello con violencia. El aire intermitente que podía inhalar. Los apresurados y torpes sonidos de la hebilla del animal, sus manos sobre sus senos, su aliento caliente y alcoholizado y la humedad de su lengua sobre el rostro. Sentada en la banca gris del parque central de Areguá, el pueblo al que había llegado con la ilusión de convertirse en la mejor economista del país, Daniela mira hacia el infinito vacío del firmamento mientras espera con resignación el efecto del arsénico.





## Complicidad



Las puertas del polémico recinto abren como de costumbre. A las ocho de la mañana comienza el ajetreo de unas cuantas almas perversas sedientas de poder. En la puerta principal, cada visitante es manoseado. La inspección de las pertenencias y la máquina que detecta metales. Los filtros deciden quién ingresa al Averno. El episodio de los portafolios repletos de coca y dólares no podía repetirse durante la misma semana. La atmósfera áspera y húmeda guía los pasos de los demonios elegido por un manojo de despreocupados. Ingresan al auditorio principal. Algunos apretones de mano entre cómplices, sonrisas maliciosas y murmullos sospechosos. La sala transpira un hedor insoportable a pesar de estar casi vacía. El cotorreo ensordecedor se apodera del lugar y se prolonga durante varias horas. Cae el falso velo de cordialidad que había adoptado cada grupo, mientras las palabras encontradas entre dos interlocutores se tiñen de violenta manipulación. Están definiendo con exactitud cómo será nuestra perdición. Con trucos y engaños, adornados por un discurso envolvente, se aprueba la reforma tributaria.

## La huida

—Negrita, ¿has extrañado a mamá?

—Sí.

—¿Crees que papá también? En estos momentos su ausencia debe sentirse más.

—No, no creo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿No recuerdas cómo se puso?

—Sí. Lloró y se tiró al hueco con ella. Dijo que jamás se volvería a casar. Pero eso fue hace un tiempo.

—¿Entonces?

—Cristina.

—¿Qué pasa con ella?

—Papá está enamorado, aunque ella ama a Pedrito, el jornalero de la hacienda que colinda con la de Marinita.

—Sí. ¿Crees que por eso intentó cortarse la cabeza con el machete aquel día?

—Sí. De todas maneras, estaba borracho. Él casi no toma.

—Ese día rompió en llanto y nos abrazó fuertemente. Estaba arrepentido.

—Supo que nos dejaría solos en medio de este caos.

—¿Cuánto más crees que tarde papá?

—No sé, pero regresará. Ya lo encomendé con nuestra Santísima Señora.

—¿Crees que todo esto pasará?

—Vamos a morir. Hace rato que la muerte nos respira en la nuca. Nos pisa las botas.

—No. El comandante dijo que resolverían todo. Pero lo de la hacienda sí desató las vainas.

—Sí. Yo vi cuando papá le contó a Marcelita, la cocinera, que el estruendo que irrumpió en la tranquilidad de la noche había sido porque la chusma voló, con ejército y todo, ese lugar.

—Que supuestamente, según don Fulgencio, el recolector de café, había mucha gente despedazada, sangre y mierda en todo lado.

—Eso me dijo el señor Patricio, uno de los que fue a robarse los fusiles y la munición de los soldados masacrados.

—Eso y nada es lo mismo. Ahora esas tropas que llegaron del centro nos tienen acorralados por todos los puntos de la cordillera. ¿Escuchas algo, Negrita?

—Ráfagas a distancia. Los aviones del ejército deben estar atacando la escolita.

—¿Estás cansada?

—Sí. Tuvimos que correr mucho para escapar del asalto a la población. El olor a sangre en llamas y pólvora me generó náuseas. ¿Recuerdas a Manuel, el hijo de doña Carmenza? Lo vi tirado a las afueras del granero. Le brotaba sangre de todos los orificios de su cuerpo. Tenía los ojos abiertos, con una expresión de asombro.

—Hace frío, ¿cierto? Este lugar es incómodo.

—Está muy oscuro.

—¿Escuchas eso, negrita?

—Viene alguien, hermano. Haz silencio.

—...

—¿Papá? ¡Papá!

—¿Qué pasó, papá? ¿Por qué estás llorando?



—Nos quemaron el rancho, le prendieron fuego...

—¿Quién?

—El ejército.

—¿Qué haremos ahora?

—Tengo que irme. Quería verlos una vez más.

—¿A dónde vas?

—¿Nos dejarás, a la Negrita y a mí, solos?

—Tengo que unirme. El Flaco dijo que era la única manera de vencer. No hagan ruido, no salgan, no prendan el fuego o los encontrarán. En la mañana los buscará el Caricortao para llevarlos al campamento.

—Silencio, ya casi amanece, hermanito.



## Intercambio

—¿Cómo dices que te llamas? —dijo la mujer de vestido perlado, elaborado de velo suizo con finas puntadas bordadas en hilo dorado.

—Soy Araminta, pero mi papá me dice Negra —exclamó la niña.

—¿Conoces la capital? —inquirió la dama con una corporalidad dominante.

—No, es la primera vez que salgo del pueblo —contestó mientras algunas lágrimas empezaban a lubricar sus ojos.

—¿Ya tuviste tu primera luna?

—Me gusta contemplarla.

—¿Y tu madre? —preguntó la mujer.

—Está muerta —respondió la chiquilla. El muro de contención entre el lagrimal y los pómulos, ya había sido regado con una gotita salada que, inmediatamente, secó con su sucio ropaje.

—¿Cocinas? —la cuestionó la mujer al instante que clavaba una mirada inquisidora y mercantil en ella: sería de gran provecho sus servicios.

—No. Solo tengo siete años —pronunció la pequeña con voz temblorosa.

—Aprenderás. Tu padre te entregó para eso y muchas cosas más —dijo con voz firme, acompañada de una ceja fruncida que indicaba indiferencia.

En ese momento, la chiquilla comprendió que el largo viaje que emprendía por las carreteras del Tolima no sería tan eterno como los atropellados y empedrados caminos que tendría que trasegar en la soledad de su inocente infancia.





DIANA  
SOFÍA  
CASTRO  
RAMÍREZ

Era una

## Ella

Era una mañana soleada cuando la vi por primera vez, sentada con un libro en la mano y un café en la otra. Era una mujer voluptuosa y preciosa. Llevaba puesto un vestido rojo de cóctel. Mi pobre imaginación la observaba como un perfecto ángel, aunque era la reina de algún infierno. Todos los días a la misma hora me la encontraba en el mismo lugar, entre el sonido de las copas, las voces de la gente, el olor a café y el bullicio del noticiero que informaba sobre la desaparición de los hombres que fueron hallados sin vida las últimas semanas. Armado del valor que reuní, me paré frente a su mesa con dos cafés en la mano y con una frase en la mente que acababa por salir: “Al parecer el destino quiere unir nuestras almas”. Las palabras provocaron que ella emitiera una tímida risa y lograron su objetivo: mí puesto al lado de ella. Entre charlas y risas, nuestro tema se centró en la muerte de aquellos hombres:



—¿No te parece extraño todo lo que está pasando? —dije, mientras tomaba un poco de café.

—Sí, parece como si algo o alguien los arrastrara —me decía mientras me miraba sin pestañear.

—¿Conoces alguna información que no se mencione en el noticiero?

—He leído en algunos artículos que a los hombres que desaparecieron los vieron por última vez con una hermosa mujer.

—¿Y esa mujer es tan preciosa como tú? —dije sonriendo.

—Puede que esa mujer sea yo —me respondió con una mirada flameante.

a mañana soleada cuando

Después de aquel encuentro, comenzó mi aventura de ser el amante de Soledad. Mientras pasaban los meses me sentía amarrado a ella, como si sus besos o su cuerpo fueran un tipo de brujería de esas que nunca se deshace. Casi todos los días salíamos a tomar café, al cine, a bailar y en cada ir y venir me iba dando cuenta de cómo era realmente: una mujer con grandes ideales, inteligente, con una mirada tan profunda como la noche, independiente, ambiciosa, pero sobre todo con un carácter dominante. Aunque ella estuviera unida en matrimonio a otro hombre, no se complacía con tener el amor de uno solo. Mientras la conocía, el fervor de un amor agenciado por el tiempo compartido y los momentos pasionales, me recordó algo que leí sobre la primera mujer del Paraíso, Lilith, madre de todos los demonios. Las características de mi Soledad concordaban con los de la primera mujer y yo me sentía ansioso no de ser el primer hombre del paraíso, pero sí de ser uno de sus muchos amores. La idealicé tanto y de tal manera, que se convirtió en la reina del infierno que yacía en mí. Así de grande era mi amor por ella.

Cierto día me invitó a cenar a su casa. Su esposo aún no llegaba de su viaje de negocios, así que tuvimos el apartamento para nosotros dos. Me sentía totalmente listo para entregarme a aquella hermosa y misteriosa mujer; estaba bajo un embrujo cada vez que ella me miraba o me hablaba. Soledad era una sirena y, desgraciadamente, yo no era tan fuerte como Ulises para rehusarme a sus encantos.

Entramos a su apartamento. Todo estaba listo. Ella me tomó de la mano y, entre besos, abrazos, palabras, caricias, mordidas y unas buenas copas de vino, nos disponíamos a consumir el acto del amor. Sentía cómo ella se apoderaba de mí entre jadeos y gemidos, mientras sus uñas se enterraban en mi pecho llegando casi hasta mi alma. Pero después de un tiempo, el placer se disipaba. Mi cuerpo temblaba de frío y sin duda sentía cómo el miedo se apoderaba de mí. ¿Por qué? Luchaba para estar consciente, pero Morfeo abrazaba mis ojos y estos se cerraban poco a poco. Sin embargo, escuchaba a lo lejos su risa y el tétrico sonido de un cuchillo al afilarse. El temor inundaba mi cuerpo porque en ese preciso momento me di cuenta de que esa noche me convertiría en la cena. Si tan solo hubiera puesto más atención a sus palabras en nuestro primer encuentro, mi foto no estaría en el noticiero con la premisa de “desaparecido”.





## La lata de sardinas

Odio sentir esta gente a mi alrededor: su respiración, los roces incontables en casi todo mi cuerpo mientras me muevo por el pasillo para buscar una silla en donde sentarme o tal vez para dirigirme a un lugar menos atiborrado. Todas las personas inteligentes se amontonan en un solo lugar: la puerta. Después de revolverme entre la multitud y agarrarme de los tubos grasientos de color azul o de las agarraderas negras que de tanto uso han perdido su color, quedo impregnado de lociones baratas, cebolla, pescado, sudor y otros olores que no quiero descifrar. En este tipo de transportes no existe la comodidad, solo incontables pisadas, codazos y la revoltura de varios cuerpos, uno encima de otro. Ni se diga de los cambios de temperatura. A veces puedo sentir un frío atroz acompañado de una leve ducha gracias al imperfecto sistema de ventilación y en otras ocasiones un calor insufrible, puesto que las ventanas están hechas de vidrio blindado para nunca abrirse y así morir en el horno. Y el animal que se encuentra al volante, espera ansioso encontrar un semáforo en rojo para frenar en seco y tratarnos como ganado. Todos los días vivo el mismo calvario por tan solo 2.200 pesos.



## La espera

Paredes blancas, techo alto, varios asientos, pisos muy relucientes y un frío que lo abraza junto a su ansiedad. En fila y papel en mano, observa las caras de sus vecinos. Algunos aburridos bostezan, otros mueven los pies o leen un libro y él, con el sudor en la frente y la desesperación en sus manos, espera el llamado. El silencio de la habitación es interrumpido por el disparo de los sellos azotados con violencia contra los recibos, por el conteo de la máquina de dinero mientras le pasan fajos de billete encima y por el tecleo de una cajera lenta en su cubículo que ignora la larga fila y el infierno interno que él padece. Han transcurrido diez minutos y solo ha avanzado una persona en la fila. El desespero quiere hacerlo gritar y llevarlo a preguntar dónde están las otras cajeras. Solo deseaba que esa situación terminarse, pero no es así. Suspira, se queja, está a punto de quebrarse. Suena el celular pero no puede contestar, pues las señales en las paredes lo prohíben. Todo se torna lento. Solo han pasado dos personas y Juan, con un hilo de paciencia, espera a que la cajera lo llame para depositarle el dinero al secuestrador de su hija.



## La compra

Había llegado el día en que María por fin lo haría. En la mañana salió con el pequeño Juan y se adentraron a un lugar lleno de comida, juguetes, pasteles, carnes, productos de limpieza y de belleza y sobre todo, de mucha gente. Al entrar Juan saludó a las hortalizas. Al verlo a María, se le arrugó el corazón y lo miró con ternura. Él, aunque viera un poco extraña a su madre, trató de hacerla reír. Después fueron a la sección de los lácteos y Juan notó que su madre no compró su yogurt favorito y eso le pareció extraño. Tal vez estaba triste o tenía dolor de estómago. Luego, agarrados de la mano, caminaron por los largos pasillos, llenos de estantes con jabones, pasteles, galletas y personas hablando. No se fijaron en el sonido de la máquina de los turnos de la carnicería ni en las cajeras que pasaban los productos por el lector ni en las voces de algunas madres que gritaban el nombre de sus hijos perdidos. El recorrido los llevó al lugar favorito de Juan: la sección de granos. La sensación de las manos introduciéndose en las lentejas, en los garbanzos o en los frijoles era lo que más le gustaba. Era su parte favorita del paseo. Pero también se sabía que el viaje estaba próximo a terminar. El pequeño siempre estuvo agarrado de la mano de su madre, pero justo ahí, en la fila, tuvo que soltarla. A María se le había olvidado un producto importante. Le encargó la misión a Juan de quedarse en la fila cuidando el mercado, como todo un hombrecito, mientras ella volvía. A María le brotaban lágrimas de sus ojos mientras caminaba por los pasillos en busca de ese producto que había perdido desde que Juan llegó a su vida: la libertad. El pequeño se quedó esperando en la fila a que su madre regresase.



## Curiosidad

—Mija, ¿podrías ir a buscar las tijeras al cajón blanco que está a la derecha de mi cama?

—Claro, abuelita ¿pero por qué están en ese cajón?

—Usted solo vaya, las busca y vuelve. No toque ni abra nada más.

—¡No encuentro las tijeras en este cajón! ¡Voy a abrir el negro!

—¡No! No me hagas parar, sabes que me duelen las rodillas. Solo haga caso, mijita.

—... ¿Qué es esto?

—Carmenza, hija, ¿por qué no solo busca las tijeras? ¿Por qué eres tan curiosa?



—¿Por qué mi nombre está en este papel de la funeraria? ¿Dónde estoy? ¿Usted quién es?

—Mi niña... hace ya tiempo que no estás. ¿Conoces el dicho “la curiosidad mató al gato”?

—¿Ya no estoy en dónde? ¡Dígame! ¡No entiendo nada!

—...

—No se quede en silencio. Sea clara, por favor.

—Tu curiosidad te llevó a descubrir algo mío que no debías y te pasó lo mismo que al gato.

—Sigo sin entender.

—Ven acá.

—¿Qué tiene en la mano? ¿Qué es ese olor?

—Tranquila.

—Me siento mareada.

—Mija ¿podrías ir a buscar las tijeras al cajón blanco que está a la derecha de mi cama?

—Claro, abuelita ¿pero por qué están en ese cajón?...

## Abre la boca



—Gordo, debemos esconderlo bien.

—Pero ¿en dónde?

—No sé, en un lugar donde nadie de este pequeño, gris, húmedo y encerrado lugar, pueda descubrirlo y quitárnoslo.

—¿Y quién nos lo va a quitar?

—¡Eres bien tonto, gordo! Pues las personas de negro, con palos en las manos y mirada de asesinos.

—Ah... ¿y si lo escondemos debajo del colchón?

—¡No! Podrían encontrarlo cuando entren a hacer su rutina habitual de revisión.

—¿Y si lo escondemos en el inodoro? A nadie le gustaría mirar el inodoro, huele feo y a mí no me gusta.

—¡Ay no, gordo! Tú no piensas. ¿Y con qué lo pegamos? Se iría al fondo, se ensuciaría y lo perderíamos.

—¡Oye, no me digas tonto! Pues entonces piensa tú.

—¡Ya se me ocurrió un lugar! Pero necesitaré tu gran ayuda. Eres mi mano derecha. ¡Abre la boca!

—...

—Gordo... ¡Gordo!...

—...

—¡Profe, Gerardito No responde!

—¡Otra vez ustedes dos comiéndose los dulces de leche de la tienda! Samuel, muy bien sabes que Gerardito no puede comer eso.

—¡Está rico!

—Sí, pero hemos fallado en la misión, gordo. Todo es tu culpa.

—¡Samuel, ve por el principal para llamar una ambulancia! ¡Otra vez estos niños!



DAHIANA  
RAMÍREZ  
HERNÁNDEZ

Llegó



## Un amor inesperado

Llegó la noche más esperada. Ellos se organizaban: ella como si fuera para una gala y él con su típico traje a la moda. Se preparaban para salir. Era indispensable la puntualidad. Él llegó primero. Se sentó y esperó que todo comenzara. Ella, como siempre, llegó tarde. Se bajó del carro y entró por esa enorme puerta. Se hizo sentir con aquella algarabía y atrajo todas las miradas, lo que le generó algo de miedo. Aunque no se habían puesto de acuerdo, tenían el mismo objetivo: una noche loca. Alcohol, música y quizá una aventura. Nunca imaginaron que encontrarían lo más inesperado: el amor.

Cada uno ocupaba su lugar en el recinto. Pese a la distancia, sus miradas se enlazaron por un instante. Había miradas, coqueteos, pensamientos subidos de tono. Sentían que había una conexión especial. A partir de ese día comenzó aquella historia de amor, genuina y estable. Era lo mejor que habían podido vivir. Entre baile y baile, llegó el primer beso. Fue tan deseado desde el primer momento que no les importó la sorpresa de los demás. En ese momento solo existían ellos dos. Esa noche, sin duda alguna, fue el comienzo de una nueva etapa en sus vidas, aunque aún no lo sabían. La soledad que se había apoderado de sus vidas, terminaba en el preciso momento en que asistieron a la boda.

El festejo esperado por toda la familia logró que dos historias se cruzaran. Ellos se convirtieron en amigos, cómplices y amantes. Cada uno cambió su estilo de vida y se entregaron el uno al otro. Las experiencias pasadas les había hecho considerar que la fidelidad era un crimen. Nunca se habían decidido a otorgar el título que crea una relación estable. Sus vidas transcurrían entre encuentros casuales. Era su forma de protección. El deseo era el contrapeso del amor. La vida está para arriesgarse y los dos asumieron el reto que conlleva una relación sin saber lo que les deparaba su ingenua convicción.

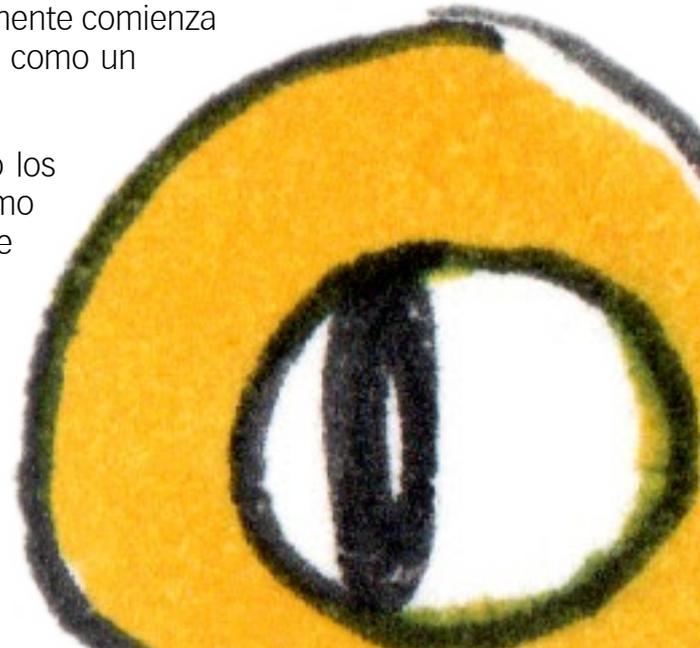
la noche más esperada.

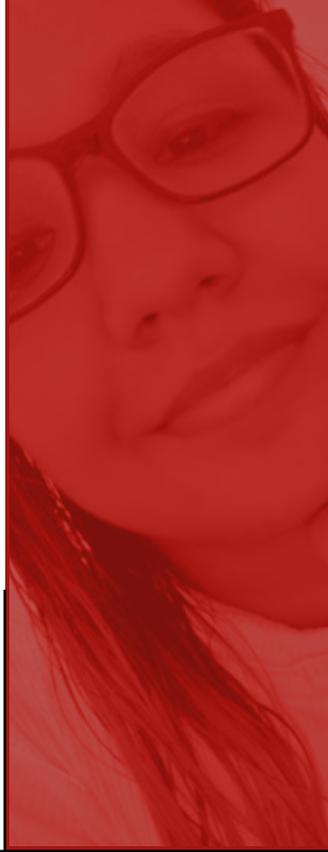


## Mil inconformidades

Aquí estoy, de nuevo en esa banca, con la angustia de llegar tarde debido al abundante tráfico. Los minutos que paso sentada bajo este sol ardiente se vuelven eternos y molestos. A la distancia percibo lo que más anhe-lo: ese monstruo de cuatro ruedas. Me invade el asqueroso recuerdo de aquellas miradas y la emoción de asfixia no la puedo ocultar ante la multi-tud. En mi ingreso por las escaleras solo deseo encontrarme con una silla libre, pero en el transcurso de esos segundos me lleno de mucha frustra-ción. Me angustian los olores y las miradas repulsivas de esos hombres, el hecho de ingresar y ser manoseada no solo por el ayudante del conduc-tor, sino por los demás pasajeros que se encuentran de pie. Continúa la tortura. Le cancelo el pasaje al acompañante. El hombre me toca con sus sucias manos, es lo más desagradable del viaje (los ayudantes son unos morbosos; todos tienen esa terrible manía). Mi mente comienza a elucubrar palabras vulgares que quieren salir como un niño en un tobogán: con fuerza y sin miedo.

No quiero vivir presa de la angustia. Me pongo los auriculares y miro afuera. Espero que el próximo hombre que se acerque sea uno que me ayude a liberar. Necesito un exorcismo. Quisiera no tener que pasar por esto diariamente, pero nada se puede hacer. Es mi única opción de viaje.





KAREN  
MELISSA  
BERNAL  
GARCÉS

Llegas a

## En la tarde

Llegas a casa más temprano de lo normal. Esperas ver la cara de sorpresa de tu pareja. Nunca lo haces y hoy decidiste llevar su postre favorito. Hay un auto raro en la entrada de tu casa. Tu pareja está adentro. No desconfías. No hay dudas, pero se te hace raro. Temes que le haya pasado algo. Ingresas lentamente a la casa, no hay nadie. Subes las escaleras y ahí están. Los amantes disfrutando y el amor de tu vida con otra persona. Sientes la rabia, sientes cómo la soledad te invade, la decepción.

Tu pareja te mira asustada, no se imaginó nunca una situación así. Tú estás a punto de cometer un crimen, quizás de los más comunes. El autocontrol abandonó tu cuerpo. Te vas, te vas de la casa y justo cuando estás a punto de cerrar la puerta te acuerdas: tu pareja disfrutando con otra persona, en tu casa, en tu cama, en tus sábanas.



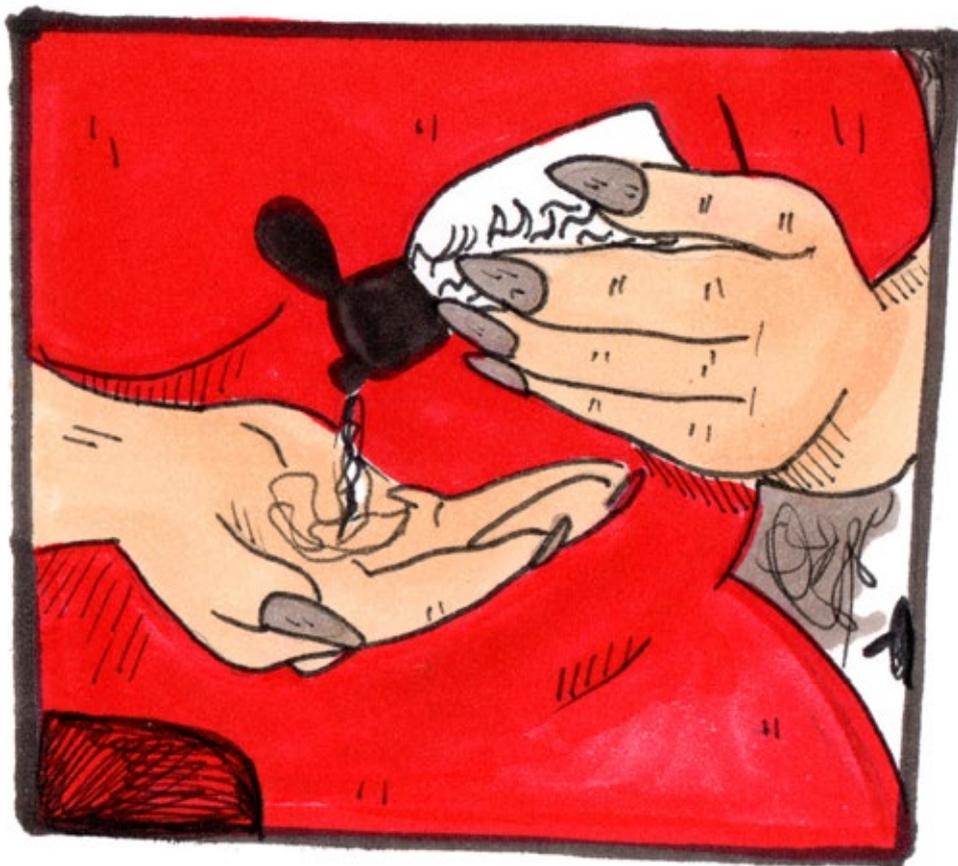
Cierras la puerta con llave. Vas a la mesita que queda justamente a la izquierda de la sala, abres el primer cajón y ahí está el arma que compraste anhelando mayor seguridad. Nunca pensaste que la traición estuviera dentro de tu casa. Se siente fría en tu mano. Escuchas cómo discuten arriba. Subes despacio y cuando estás justo en la puerta alcanzas a divisarlo. ¡Plop! Como un pollo. Gritos, muchos gritos de ella. ¡Plop! En una pierna. Ella sigue gritando mientras se arrastra hacia el teléfono. ¡Plop! Un brazo. Te suplica, te suplica tan fuerte que incluso lo dudas. ¡Plop! En la cabeza. Todo oscuro. No duele nada.

*casa más temprano de lo*

## Caminaba lentamente



... por el pasillo mientras la luz de la última habitación alumbraba un poco mi camino. En el fondo una mujer me observaba. Me acerqué lentamente y cuando estaba a punto de tocar su brazo, desperté de mi sueño casi realista. Quizás fue un paso en falso o simplemente un ruido fuerte. Me senté asustado. Sentí el peso de alguien en mi cama. No quise mirar, no quería verla de nuevo.



## Una fila



Un metro de distancia. El tarro de antibacterial en mi bolsillo me recuerda que debo aplicarme gel en las manos cada cinco minutos. Diez personas delante de mí. Entran diez y quedo de primero. Alcohol. El guarda me mira con cara de desprecio. Mi tapabocas está un poco sucio y no tengo con qué comprar otro. Alcohol. Salen diez y entro. Me dirijo directamente a la sección de los granos. Una libra de arroz. La pago. alcohol. Salgo con la esperanza de mañana tener para comer. Alcohol.

## ¡Está ocupado!



... grito desde mi excusado. Me cansé de la puerta dañada. Esa gente entra y no piensa si hay alguien dentro. Ya quisiera ver ese poco de niñitas mirándome en bola. A veces pienso cosas estúpidas aquí sentado. Mi estreñimiento me da tiempo para entender y reflexionar sobre diferentes temas que quizás no puedo comentar frente a todos. Me inspiro. Cago y me inspiro. ¡Qué chistoso! Cómo es posible que ¡Augh!.. ¡Qué dolor! ¿Qué hice yo para merecer esto? Gracioso. ¡Que está ocupado, carajo! El final del cuento debe ser ella mirándose al espejo. Claro, una dualidad de la realidad. Me levanto, me limpio y adiós. Entre si puede, porque yo salgo corriendo de aquí.

## Andropausia

—No me gusta así, yo la prefiero natural.

—Abraham, es exactamente lo mismo que la natural.

—¡No es lo mismo! Esta está más manoseada, la otra está envuelta en plástico y ya.

—¿Y usted cómo sabe que esta no la manosearon?

—Pues porque fue solo partirla y ya, en cambio la otra hay que manosearla para desgranarla.

—Abraham, esa andropausia le está pegando muy fuerte.

—¡Qué andropausia! Es la verdad. Para sacar la pulpa hay que desarmar la guanábana y para desarmarla hay que meterle mano. ¡Qué asco!

—No tome jugo, tome agua.

—No me gusta el agua.

—Entonces, no tome nada.

—Me atranco.

—¡¿Y entonces qué hago?!





## La caverna

—Pásame el control.

—Toma, con gusto te hago el favor.

—Siempre me sacas en cara las cosas. Es solo un control.

—Sí, es solo un control, es solo una mujer, es solo un golpe.

—Lo del golpe fue tu culpa. No vengas aquí a hacerte la sufrida. Vos me sacaste la rabia, estabas mirando al man ese en el súper.

—Yo no estaba mirando a nadie. mira cómo me dejaste el ojo.

—Tu culpa. ¿Ya hiciste la comida?

—Sí, obvio. ¿Y lo de la mujer?

—¿Lo de la mujer qué?

—¿También fue mi culpa?

—No. Solo que estaba muy buena y uno tiene que hacerle a lo que le gusta.

—A veces me pregunto por qué sigo aquí.

—¿En la casa?

—No, en la casa no, con vos.

—Seguís aquí porque si te separás de mí, te mato y me mato.

—Me manipulas.

—No, no lo hago. Solo te digo lo que pasaría. Igual ahí está la puerta, largate cuando querás.

—Ese es el problema, que quiero hacerlo pero no me dejás.

—No te tengo amarrada, Sofía.

—Es como la caverna.

—¿Qué caverna? ¿De qué hablás?

—Pues... nada, ignoralo, solo algo que leí.

—¿Seguís leyendo? Te estás dañando ese cerebro.

—Vos me estás dañando la cara y aquí sigo.

—Y dale... Estás como muy alzada hoy.

—¿Alzada? Vení comé más bien. Hoy cociné con unas especias nuevas, estos espaguetis están de muerte.

—Hum, sabe como amargo...





MARÍA  
CAMILA  
CASTRO  
VALLECILLA

El homb

## Beso con sangre

El hombre seguía sangrando por la mejilla mientras su mujer limpiaba la sangre con sus labios. Era la segunda vez en la semana que su cuchilla de afeitar lo acariciaba con violencia. Él no se percató cuándo los besos de aquella mujer dejaron de causar efecto o remedio alguno. El amor, la pasión y el deseo que estos amantes furtivos tenían, se desvanecieron como la espuma de la cerveza al dejarla unos segundos en reposo después de ser servida. Él, ahora sentía que las palabras de aquella mujer ya no le proporcionaban importancia alguna o trascendencia en su vida. Lo único que ella le podía brindar para menguar el inconformismo y profunda soledad era su cuerpo. Sin embargo, ya no lo seducía ni le satisfacía. Para el hombre, solo era un trozo de carne perfectamente cortado, plastificado y listo para ser vendido en el mercado, al igual que los miles de trozos más. Era un simple producto que solo es comprado y consumido por costumbre y hábito, no una necesidad.



Ella sentía cómo la duda la mortificaba, cómo su empresa se derrumbaba y su matrimonio fracasaba. La nostalgia se apoderaba de su cuerpo y el sentimiento la inundaba. A pesar de ello, no estaba dispuesta a renunciar a todo y dejarlo ir. La mujer estaba consciente de que sus años gloriosos ya habían pasado y aun así decidió hacer una cena romántica, decorar la habitación con pétalos de rosas y ponerse ese vestido entallado que le hacía resaltar sus pechos. Pintó sus labios de un carmesí intenso y se perfumó todo el cuerpo.

re seguía sangrando por



María sintió los pasos del hombre que se acercaban a la entrada cuando escuchó un jadeo. Inmediatamente corrió a auxiliarlo y se apresuró a besar la herida que había en su rostro, nuevamente en su mejilla. Tras ese beso lento que le había dado, pasó a sus labios y los comenzó a besar con intensidad, suavidad y calidez, disfrutando cada vez más de los labios carnosos, el sabor dulce de la saliva, los roces con las lenguas, los suspiros agitados y los apretones intensos que venían después de cada movimiento violento. Minutos más tarde, mientras su marido reposaba en el sofá de prana, María se acercó sigilosamente y empuñó el cuchillo que llevaba entre sus piernas y sin compasión se lo enterró en el pecho.

Con una sonrisa en el rostro lo veía agonizar mientras él sangraba por la boca. Ella comenzó a cortar en trozos pequeños cada parte de su cuerpo para luego plastificarlo y repartirlo a la mañana siguiente a sus vecinos como una muestra de su nueva línea de alimentos. Ella no cometía crimen alguno, simplemente estaba convirtiendo en realidad las palabras de su hombre: solo somos trozos de carne perfectamente cortados, plastificados y listos para ser vendidos el mercado.



## El maíz

Tan solo pensar en su tamaño, color, sabor y textura me ataca el deseo descomunal de pasar por mi lengua cada grano de maíz. Mi boca salivaba al recordar cómo mis delicados movimientos se encargaban de satisfacer ese impulso carnal que en múltiples ocasiones, se convertía en una necesidad de llevar el maíz hacia dicha abertura. Mientras atravieso los largos pasillos fríos, los enormes estantes llenos de comida, la luz brillante y el silencio abrumador del lugar, en lo único que pienso es en encontrar el maíz salado con un dulzón al final, duro, suave y crujiente. Sin embargo, me agobia el desespero y su sonido se incrementaba en mi mente ante esa aguda necesidad. Camino pasillo tras pasillo buscándolo desesperadamente y entre el corredor de los lácteos y las carnes frías, siento cómo el silencio me ensordece y el hambre desborda mi capacidad de raciocinio. Después de pasearme en el supermercado con el desespero entre mis piernas, lo encontré: estaba al final del pasillo quince, entre los cereales y las frutas. Sentía cómo mi corazón se agitaba, mis ojos se iluminaban, mis labios se mojaban y mi lengua se empapaba. Allí está él, frente a mí, vigoroso, esbelto y sudado, con una mirada cómplice y un producto entre sus manos. Me acerqué, temblorosa y hambrienta, dispuesta a arrodillarme a sus pies.



## Segunda vez

Con un rostro inexpresivo Andrés miraba hacia una puerta grande de vidrio oscuro, cuando de repente vio cruzar a una mujer con un vestido de satín rojo, entallado y a la altura de las rodillas. Llevaba el cabello corto, un rojo carmesí en sus carnosos y húmedos labios y gafas oscuras. En ese momento, recordó aquel 16 de noviembre del 2013. Era un día que transcurría con normalidad. Pocas personas entraban, hacían una que otra transacción, uno que otro pago o uno que otro retiro. Siempre asuntos que carecían de complejidad. Allí, el eco de los tacones resonaba con fuerza. La respiración lenta y a veces desesperada de los clientes, era palpable. Ese sitio se caracterizaba por la ausencia de público. Era un espacio muy amplio para ser poco concurrido y era inusual encontrar un número considerable de clientes enfilados.

Al llegar el mediodía, un grupo de criminales vestidos de negro y pasamontañas en el rostro, entraron al banco. En la caja 2 Andrés atendía a un hombre de aproximadamente 47 años que minutos antes había ingresado para cobrar un cheque. Los asaltantes se repartieron por todo el lugar buscando a todo el personal para reunirlos en un solo punto. Un instante después, uno de los atracadores se fue acercando lentamente hacia él contoneando su cuerpo como si fuera un hilo puesto al viento y entre el silencio y el miedo, una mujer, con un impulso brusco le puso el arma entre la sien y lo hizo postrar a sus pies como un perro suplicando por su vida. Andrés volvió a revivir su tragedia. Llanto, miedo, sufrimiento y humillación, emociones despertadas por aquella dama de vestido satín que cruzaba nuevamente por esa puerta.







## Cazador

Animales de diferentes pieles, tamaños y valores. Todos metidos dentro de una caja como si fueran productos mercantiles que puedes encontrar en cualquier lugar, siempre y cuando tengan el visto bueno como resultado de la cautelosa selección o simplemente por ser los primeros en acudir a la trampa. Tú, cansado de cazar en el mismo hábitat y obtener el mismo tipo de presa indefensa, desorientada, sola, que muy de vez en cuando camina por el bosque como si estuviese sedada por el alcohol, decides salir de la rutina y tomar un riesgo aventurándote en otro espacio y con otra población,



La selva es tu destino más desafiante. Peligrosa, extensa e inesperada, con animales hostiles, sumisos, suspicaces, indefensos, egoístas e individualistas, con sus cuerpos llamativos, coloridos y llenos de plumas, cautivando siempre al espectador. Otros con pelos brillantes, caminar elegante y carácter agresivo, intimidando con su presencia cualquier animal que se acercase; algunos ágiles, con escamas y veneno en sus colmillos, viendo siempre una oportunidad para matar a su presa. Cada especie te ofrece gran variedad de carnes, pieles, caracterizaciones y sensaciones distintas, ya sea en manada o en solitario.

Acechas cada presa como si fueses un cazador, deseando cada vez más deleitarte de la víctima y contemplar su desesperación. Ya no disfrutas de las apresuradas agonías. Observas cómo sus cuerpos se contonean en cada curva y freno que ejecutas. Sientes y percibes cada cuerpo grasiento, la suavidad de su pelaje, el color de sus plumas, el veneno de los colmillos, el calor, la respiración agitada y el desespero que emiten. Pero tu momento preferido de la cacería es cuando cada víctima comienza a hacer movimientos bruscos para abrirse paso entre los demás seres y bajarse en la siguiente estación.

## Dale duro



—Hay algo raro allí —dijo el hombre con tono dudoso y una mirada de sospecha que se dirigía directamente hacia las puertas abiertas del gabinete de la cocina.

—Seguro es una cucaracha y ahora toca sacar todas las ollas para lavarlas — comentó la mujer.

—No creo que sea una cucaracha porque Antonio se metió a buscar —replicó el hombre.

—Mirá a ver y corré todueso, porque, mijo, está olfatee que olfatee por allá —indicó la mujer mientras Nelson comenzaba a mover la caja de herramientas y las ollas que se encontraban en la parte inferior del gabinete. Búsqueda infructuosa, pues no encontró nada.

—Ve, ve, ve, ve, corré eso allí, vi como una sombrita —agregó la mujer.

—Gorda, corré por la escoba —gritó el hombre con voz desesperante.

—Tenelo allí y que no salga porque si se va pa la pieza, es peor —dijo la mujer mientras iba a buscar la escoba y el recogedor. Tome, mijo —agregó.

—¡Ve, allí está! ¡Dale duro pero con cuidado pa que no rompás la escoba! — gritó la mujer.

—¡Agh! se escondió; además, si no le doy duro¿ entonces cómo muere? — inquirió Antonio con un tono de desdén.

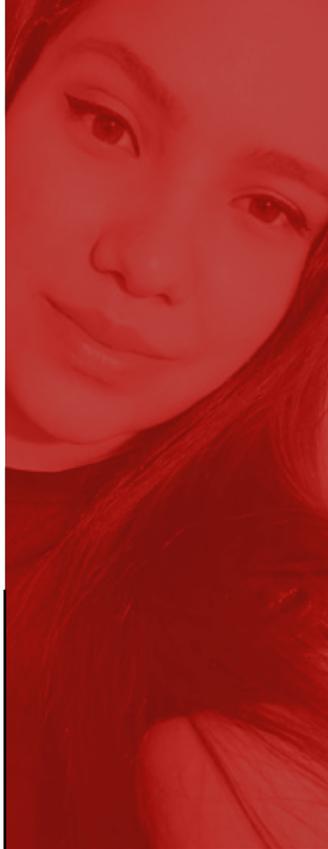
—Mi amor, ¡pegale, pegale! — exclamó la mujer con desespero.

—Agh, se fue para la nevera. ¡Daniel! vení ayudá a correr la nevera —gritó Antonio.

Mientras ambos hombres corrían la nevera, la mujer observaba fijamente el suelo en posición de ataque, pues en cualquier momento un pequeño animal de ágiles patas podría cruzar por su lado sin que ella se diese cuenta.

—¡Ay!, ¡Ay! ¡Soltalo! ¡Soltalo! ¡Quitáselo de la boca! —exclamó la mujer después de unos cuantos segundos.

—¡Pulgar Antonio, soltá el ratón! —gritaron al unísono.



MAYERLIN  
MONTENEGRO  
ARIAS

*Durante diez*

## Almas



Durante diez años llevé una relación amorosa. Muchas personas me preguntaban por qué no nos casamos o por qué no vivimos juntos. Créanme, también lo llegué a hacer, pero ya no. Ya sé que nuestras almas están destinadas a estar siempre unidas. Nos conocimos cuando aún era una niña, catorce años tenía. En ese momento mi vida se podría resumir en una palabra: soledad. Mis padres habían muerto hace poco porque fueron testigos de un crimen. El asesino decidió sobre sus vidas. ¡Maldito! ¡Mil veces maldito! La relación con mis padres era maravillosa, siempre estuvieron para mí. Ese desgraciado me arrebató la ilusión de bailar el vals junto a mi padre, ser el centro de atención, ver a mi madre llorar y vestir como una princesa.



Al perderlos padecí un dolor profundo. Mi cuerpo los sentía y recordaba al pronunciar sus nombres. En ese momento llegó él como un ángel y supo llenar el vacío que sentía mi corazón. Era un hombre alto, musculoso, de ojos color miel y un rostro angelical. Mi corazón lo consideraba el hombre perfecto física y emocionalmente. Y cómo no si era detallista, halagador y abierto, contaba conmigo para tomar decisiones. Mi opinión tenía valor en un lugar del mundo. Fantaseábamos con el futuro, podíamos pasar horas y horas hablando sobre cualquier tema y él me escuchaba, me comprendía. Su mirada profunda, esos ojos color miel llenaban mi vida de dulzura ¡Me enamoré!

Después de seis años de relación la rutina hacía parte de nosotros. Comenzaron las discusiones tontas con el esperado final: tenebroso y doloroso. Para ese entonces vivía sola y el apartamento sufría las consecuencias. Las visitas eran cortas e intermitentes. Me esmeraba por llamar su atención, pero solo lograba aburrirlo, pelear y alejarlo. En mi trabajo recordaba su mirada profunda, su presencia se apoderaba de cada pensamiento y terminaba por

10 años llevé una relación

desechar la idea de concluir nuestra relación. Era una contradicción, como todo en nuestra relación. Ya era notoria su ausencia en mi cama. Se esfumaron las conversaciones sobre el sexo. La cotidianidad era tan evidente que hasta el “te amo” antes de ir a dormir era rutinario.

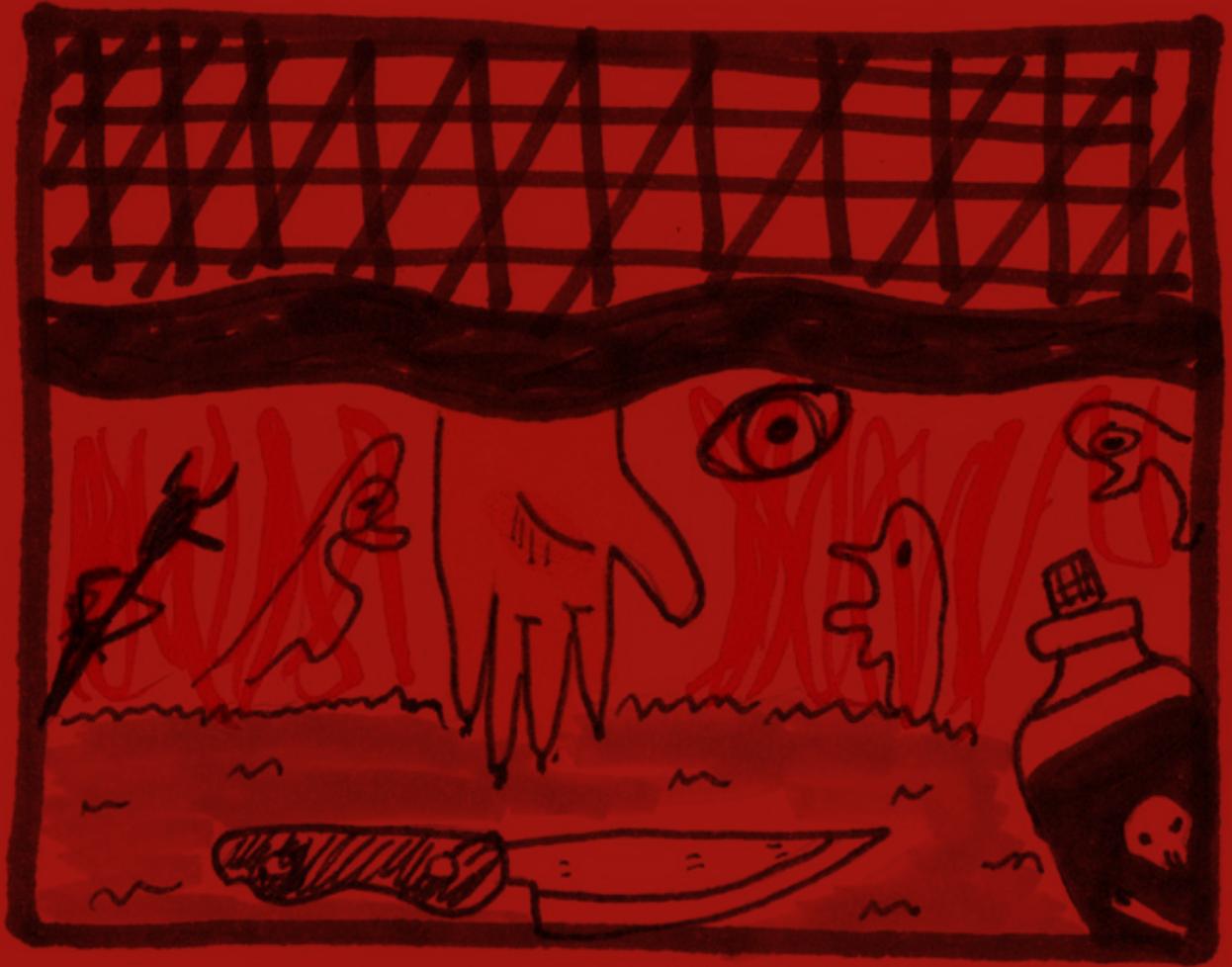
Al cabo de un año las preguntas, reclamos y discusiones subieron de nivel. Ahí fue cuando descubrí que tenía varias amantes. Aún duele al recordarlo. Nos separamos. Verlo me provocaba náuseas. Las mariposas se habían ido y el odio y la decepción llegaron. Su mirada, esos ojos color miel, ya no tenía poder en mí. Solo me provocaban repugnancia. Juan había cambiado. Ya no era ese ser perfecto y yo me convertí en un ogro. Alejarnos cambió nuestras vidas que tomaron caminos distintos y nos llevaron a encontrarnos de nuevo. Dos personas distintas a las del pasado. Transcurrió mucho tiempo para encontrar paz en mi corazón y perdonarlo. Juan luchó por ello.

En una noche oscura y nublada en lo alto del mirador, éramos él y yo. Recuerdo cada detalle: la luna, las copas de vino, su elegante traje y su perfume. Noté cómo se quebrantaba su voz al hablar. Era nuestro aniversario. Estaba nervioso y al final lo entendí. Esa noche me propuso matrimonio. El anillo de oro rosa con un diamante en forma corazón y un ramo de rosas rojas que hoy no recuerdo de dónde apareció. Después de esa noche en el apartamento el sentimiento de esa palabra desequilibrante, soledad, desapareció. Han pasado diez meses y aquí estoy en nuestro hogar: una pequeña casa construida en ladrillo, piso rústico, sin ventanas, una puerta vieja y oxidada, junto a los planos e imágenes de posibles decoraciones. Ese tipo de pensamientos, recuerdos y sentimientos me invadían: ya sé que nuestro destino es estar siempre juntos.

\*\*\*\*\*

—Esta carta la leo despidiendo a mi sobrina. Orando por su alma. ¡Te amo!  
¡Perdón! Sé que estás con la persona que amas.

—A ustedes, gracias por venir.





## La verdad

—Creo que llegó el momento.

—¿Estás seguro de la decisión?

—Sí, completamente seguro.

—Pero...

—¿Qué pasa? ¿Crees que no la merezco?

—No, desde luego que no.

—¿Entonces? ¡Explícame!

—¡Olvidalo!

—No, ya no podré hacerlo. Cada vez que hablamos del tema dices eso.

—Lo sé. No es mi intención.

—Está bien, pero quiero que me expliques.

—No sé si deba.

—¡Sí debes! Me lo debes. Siempre he sido sincero, leal y buen amigo.

—Es que...

—¡Por el amor a Dios! ¿Tampoco me merezco tu lealtad?

—Sí, claro que sí. Te mereces eso y mucho más.

—¡Entonces, habla!

—No, no puedo. Creo que mejor me voy.

—¿Por qué temes? Estoy aquí, lo he estado y siempre lo estaré.

—Lo sé.

—Hemos sido amigos desde pequeños. Fuimos a la escuela y a la universidad juntos.

- ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Lo sé! Conozco la historia, hago parte ella.
- Okey, confía en mí.
- Lo hago. Creo que debemos ir a un mejor lugar. Necesitamos hablar, necesito sentirme cómoda para hablarte.
- Dime hacia dónde vamos. ¡Deja de pedalear tan rápido!
- Solo sígueme.
- ...
- ¡Ya! ¡Detente! Llevamos más de treinta cuadras.
- Estamos lejos.
- ¿De qué o de quién?
- De todo, de todos.
- Ya me estás asustando.
- No es mi intención.
- Dime, ¿cuál es?
- Decirte la verdad.
- ¿De quién? ¿Sobre qué?
- Tú verdad, sobre esa mujer.
- ¿Por qué te refieres así a ella?
- Si supieras lo que sé tú la tratarías peor. No creo que sea yo quien deba decírtelo, pero ha pasado tiempo y ella aun no lo hace.
- ¡Ya déjate de tanta estupidez y dime! ¡Habla ahora mismo!
- ¡Ella no te amaaa!... Ni tú a ella.
- ¿Qué dices? No sabes de lo que estás hablando. ¡Mientes! Tú no puedes sentir por mí y mucho, mucho menos por ella.
- No, pero lo dijiste, te conozco, sé quién eres.

—Sí, pero...

—Esto no es lo único que debes saber.

—¿A qué te refieres?

—He callado mucho porque ella me lo pidió. De verdad, ¡lo siento!

—¿Ella? ¿Quién?

—Tienes un hijo...

—¡Es mentira! ¿Cómo lo sabes?

—Tuviste una aventura hace más de tres años y...

—Sí, lo recuerdo. Hice lo mismo que mi padre, lo que juré nunca hacer. Soy... pero, pero, ¿cómo? ¡Ustedes me han engañado todo este tiempo!

....

—¡Despiertaaa! ¡Vamos!





LUIS  
CARLOS,  
RODRÍGUEZ  
VINASCO

La qu

## Desahogo

La que contaré a continuación, ha sido una de las experiencias más raras, sorprendentes, vergonzosas e inauditas por las que he pasado. Corría el año 1995 cuando una tarde de marzo, en mis labores de mensajero de una pequeña fábrica de cosméticos, entre el itinerario de la jornada tuve que ir al banco más cercano para retirar el dinero para el pago de la nómina.

Ya dentro del banco avancé lentamente sin dejar de observar a mi alrededor. Me sentía aliviado por la poca, pero refrescante sensación, que producía el único aire acondicionado del lugar. Miré sorprendido la enorme fila. Entre los oxidados separadores se posaban sobre las limpias cerámicas que servían de espejo los rostros cansados de aquellos clientes. Era como hoy día, cuando se forman en el andén de algún sitio los candidatos a un *reality*. Debía esperar dos horas como mínimo. Ante tal panorama simplemente miraba a mí alrededor distinguiendo el rostro de algunos cajeros que desde hace tiempo laboraban en esa sucursal. No había mucho en que distraer la vista, pues allí estaban los mismos objetos de siempre: viejos escritorios de madera, los computadores blancos de torre para cada cajero, algunos afiches con la ofertas financieras, un viejo televisor apagado y los grandes ventanales sin cortina por donde se filtraba el implacable sol.

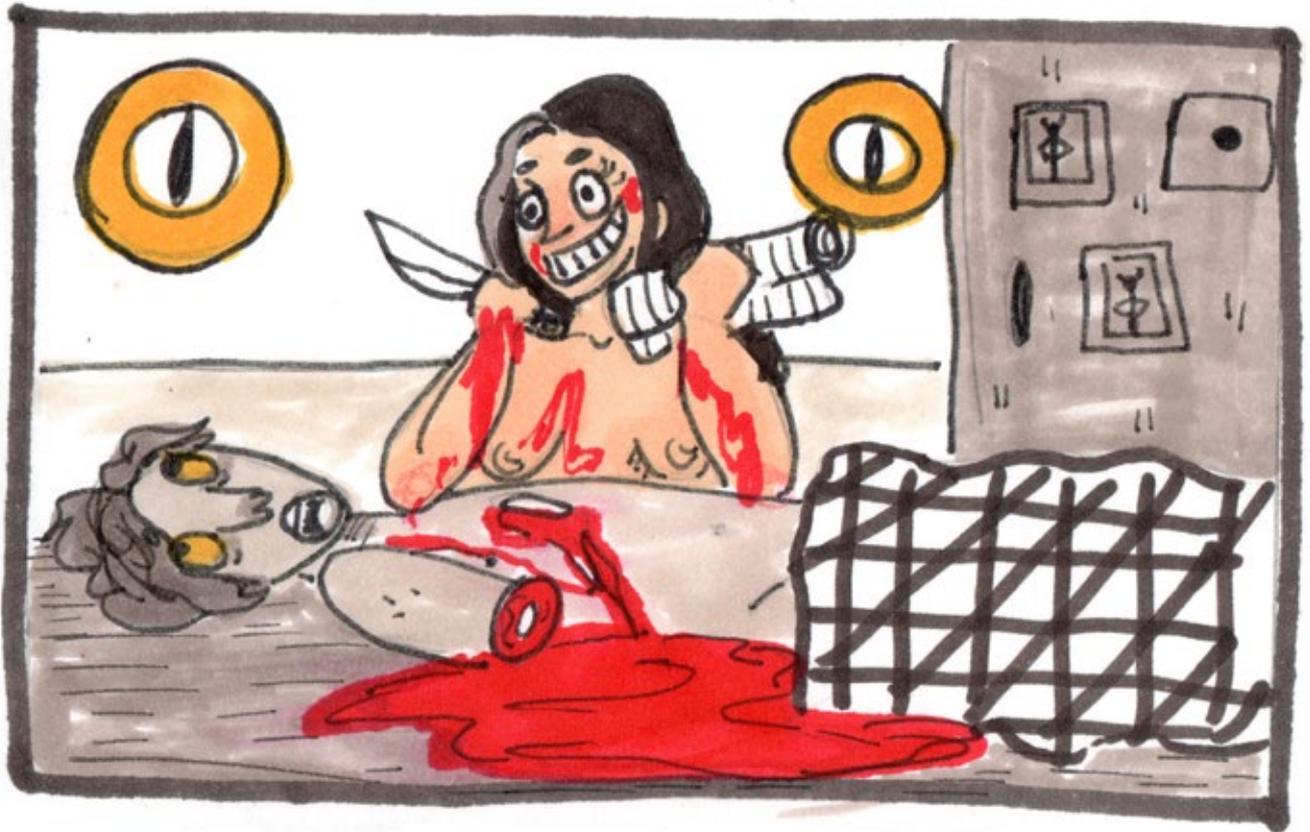
Un pavor empezó a apoderarse de mí, pues en esos instantes ciertos ruidos convulsionantes, como de trenes y pitos, empujaban en mis entrañas. ¿Cómo lo había olvidado? Sufría de colon irritable y el succulento plato que había engullido en el almuerzo empezaba a generar sus consecuencias. Le pedí a una señora con un poco de más años que yo que me cuidara el puesto. Debía buscar asidero para descargar y descansar. Tal sorpresa me llevé y desilusión a la vez al escuchar las negativas que impedían que me prestaran un baño. Y ni modo de salir, pues las puertas estaban atrancadas porque en ese momento estaban los empleados de la empresa de valores haciendo la diligencia de retirar el dinero de la bóveda.

e contaré a continuación.

Después de casi diez angustiosos minutos recordé las palabras de un tipo poco decoroso que decía: es mejor perder un amigo que una tripa. Fue así como entre los distintos cubículos de aquellos que llaman asesores, hallé varios vacíos y preferí escoger el del rincón. No había más remedio. Era atreverme a eso o hacerle frente a la situación permitiendo así que la desgracia manchara mis pantalones. Sin embargo, rápidamente pensé en encubrir mi hazaña y avancé hasta alcanzar varios sobres de manilla que se hallaban en uno de los escritorios que me servirían para depositar y ocultar mi gran gesta fisiológica. Por fortuna, nadie se percató de lo sucedido y luego de aquello, acomodé de manera sigilosa los sobres en mi maletín. En él llevaba varios paquetes con las mismas características. Rápidamente me incorporé, vacié sobre mí casi todo el contenido del bote de loción con fragancia dulce que cargaba en el bolsillo pequeño de mi maleta y regresé a la enorme fila, tratando de impedir que el maletín expeliera el más mínimo aroma de lo que contenía.

Había pasado hora y media cuando el alivio me llegó. Por fin estaba frente al cajero quien contó y recontó cada billete. Pasaban ante mi vista. Entre viejos y nuevos y casi podía sentir su textura en mis manos. Entre todos sumaban cinco millones de pesos. Después de verificar la suma, el cajero amablemente me ofreció un sobre para empacar el dinero. De inmediato lo tomé, empaqué la plata y la introduje velozmente en el maletín. Era hora de marchar para retornar en mi moto lo más pronto a la fábrica. Al salir, no me percaté a tiempo de la presencia de dos hombres que mal encarados y con grotescas palabras me abordaron y me ordenaron que les entregara el dinero. Volvió a mí el pavor ya no de pesadez en el estómago, sino por la frustración e impotencia al tener que entregar lo que me pedían. Saqué el sobre de manilla sin detenerme mucho en lo delicado que debía ser para manipularlo, a causa del pasado reciente y me quedé por un momento paralizado ante el acto. Los dos hombres, marcharon a toda velocidad y sus rostros saboreaban la victoria del gran premio obtenido sin mayor esfuerzo. Yo me desplacé, trémulo de miedo sobre la moto, como si fuera la primera vez que conducía este tipo de vehículo.

Las siete cuadras hasta la fábrica se hicieron como mil. ¿Cómo recibiría la noticia mi jefe? Al arribar a la puerta de la fábrica acomodé mi moto en el lugar acostumbrado y abrí mi maletín para guardar los guantes de conducir. Quedé absorto del asombro, mirando el interior de mi maleta. Como resultado, se asomaba una leve sonrisa en mi rostro después de descubrir que aquellos hombres no se habían llevado el sobre con el dinero. Solo me asaltaba una gran incógnita. ¿Qué rostro tendrían aquellos caballeros al abrir aquella bolsa y hallar el contenido que cargaban como botín bien conseguido en el asalto?



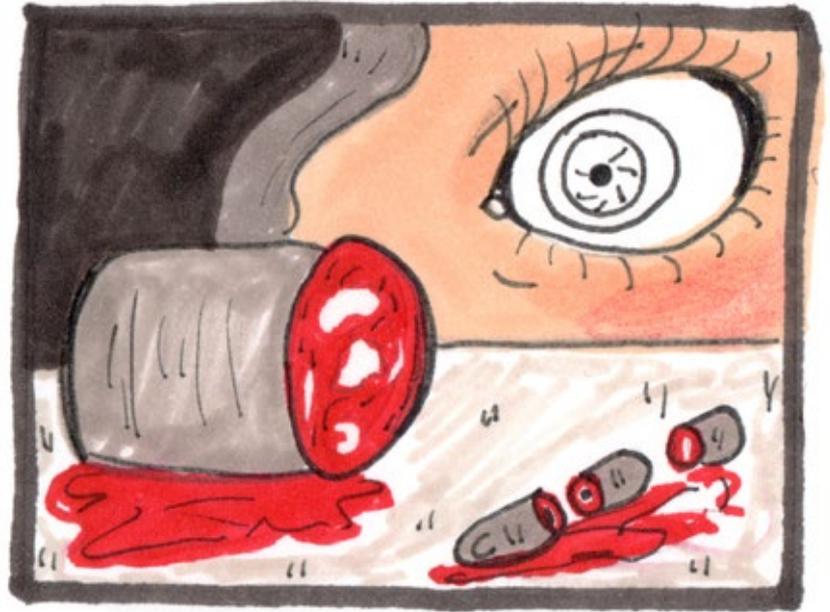
## Géiser

Estaba sentado, taciturno, escuchando el rechinar de las latas viejas que se mezclaba con el sonido de la registradora de aquel polvoriento y oxidado bus, pues con suerte, había logrado ubicarme en el último asiento libre en la parte de atrás desde donde apreciaba la forma como la gente ascendía y poco a poco se desplazaba, sosteniéndose de los flojos pasamanos para buscar un pequeño espacio. Los ocupantes se veían tan incómodos y el techo era tan bajo que los más altos debían agacharse. El que hasta hace poco había sido un pasillo largo, de metal desgastado, ahora no dejaba lugar ni para un alfiler.

En ese momento desvié la mirada hacia el ventanal empañado por el vaho que salía de las bocas de los pasajeros, lo que ocasionaba que respirar costara un poco. No solo el aliento apesadado de todos se regaba dentro del vehículo de transporte público, sino también ese aire en el que circulaba el hedor del almizcle resultante de los sudores axilares. Todo eso generaba un ambiente pesado y angustiante que me hizo concentrarme en el panorama que divisaba a través del vidrio de la ventana. De repente el autobús se detuvo a causa de la parada que exige el semáforo, quedando al frente de una de las calles más sórdidas de ese sector céntrico de la ciudad. Allí estaban expectantes muchos transeúntes ante el espectáculo sangriento que observaban: dos hombres se batían cual dos gallos de pelea en bravía lucha con sendos cuchillos.

Cada uno vestía un pantalón de jean azul desgastado y con rotos en las rodillas, como el pantalón roto de un campesino con el trajín de labor agrícola. Estaban sin zapatos y sin camisa. Sus pieles mojadas por el sudor reflejaban la luz incandescente del ardiente sol de mediodía y sus rostros expresaban la furia que puede semejarse a la de un toro a punto de embestir. La pelea estaba iniciada, pero aún ninguno de los dos había herido al otro. Sin embargo, se podía oler el aroma a sangre caliente que se avecinaba.

Uno de los dos, el más flaco, alto y trémulo de ira, levantó la mano con tal furia que sacudió su cabellera crespa, larga y desaliñada y asestó su puñal sobre el brazo de aquel otro hombre más bajo. Por el contrario, este tenía su cabeza rapada y en su superficie frontal y parietal eran visibles las cicatrices de golpes y heridas del pasado. Este último, sangrando por la feroz cortada, respondió con más ahínco y rapidez el ataque. Movi6 su pie derecho hacia atr6s, como lo hacen los boxeadores para buscar equilibrio, y abalanz6 su mano derecha que empuñaba un cuchillo que brillaba en el aire su hoja de metal casi limpia, buscando la piel penetrante para asestar su ataque. El puñal se adentr6 filosamente bajo el sobaco velludo del contrincante, como cuando se penetra un saco de trigo para probar su pureza. Inmediatamente y con la misma furia, volvi6 a sacar aquel cuchillo del orificio con entrada imperfecta. Se alcanzaban a ver pequeñ6s c6mulos de grasa de color amarillento entre los pliegues balbuceantes de sangre. Seguidamente, como fuente que brota enloquecida por un peñasco, salieron varios chorros interrumpidos de sangre hasta unirse en uno constante y prolongado.



Hoy, despu6s de veinte añ6s, a6n recuerdo ese suceso como si fuera ayer y me pregunto: ¿qu6 pasaría luego de que el conductor del autob6s en el que viaj6bamos ese d6a reanudara el camino con el aviso del cambio de sem6foro?





## Reminiscencias



Alguno podría juzgar de exagerado, loco, atrevido, apasionado o fetiche extraño, el hecho de que alguien pueda satisfacer sus más íntimos deseos al caminar por el interior de un simple supermercado. Pero sin vergüenza admito que para mí es algo que disfruto al límite, como el colibrí que se desplaza entre la fragantes rosas para chupar de ellas las mieles que le proveen de alimento. La razón es que como hombre de campo aprendí a distinguir diversos olores para ubicarme en los diferentes espacios que este contexto demanda. Por lo tanto, cuando entro a uno de estos sitios y empiezo a caminar arrastrando el carrito de compras por los estrechos pasillos bajo la luz brillante que proyectan las lámparas en el techo, en medio de los entrepaños repletos de comida en las diversas presentaciones, de alguna manera empiezo a percibir el aroma que expele cada empaque brillante, cada bolsa con granos o panes, cada caja de líquidos consumibles que se esparcen por el aire del lugar, formando una sinfonía de aromas que hacen que mi mente, entre súbitamente en un trance que me lleva al pasado. Rememoro instantes que quisiera volver a vivir de aquellas épocas cuando aún era un párvulo.

Hoy logré experimentar un suceso extraordinario. Cuando caminaba sin apurar el paso, cerca de la sección de verduras del supermercado, llegué como en una oleada de aromas, la mezcla de los diferentes olores de las frutas que contenidas en las estanterías parecían cocer sus fragancias y en una nebulosa de dulces bálsamos, me envolví para dejarme embriagar por el néctar más alucinante que para mí existe. Reviví los días cuando me sentaba con mi abuelo Melquis a la sombra de un viejo sauce, frente al cultivo de manzanas.

Recuerdo que el viejo con temblorosas manos, arrugadas por el tiempo y reseca por la fatiga de la ardua labor, bajo el implacable sol que acompañaba sus jornadas laboriosas en el campo, apañaba en un viejo zurrón las manzanas que recolectaba en el camino, disponiéndonos a saborear cada jugo resultado del bocado que sacábamos de la pulpa jugosa de las dulces frutas. Era mágico sentir el aroma de las flores mezclado con el suave perfume del sauce y las manzanas. Pero hoy fue tan corto el viaje, tan fugaz, quizás por las pocas compras que hice o por el afán que agobia a mi rutina, que en un abrir y cerrar de ojos terminó en un revoltillo de realidad y fantasía cuando me acerqué al punto de pago. La cajera hizo señas de que debía darme prisa para cancelar. En ese momento creo que salí definitivamente del trance cuando recordé, bruscamente, que había dejado mi billetera en casa.

## Mis tristes recuerdos



La soledad silenciosa, pasmosa y torturante de estas cuatro paredes, hacen que cierre los ojos, pero al instante me atormentan miles de recuerdos como imágenes de una película. Todo ello me devuelve a la figura del rostro tierno, apacible, bello, de ella, de Laura, la mujer que amaba ciegamente. Recuerdo esa triste tarde en la que ella me juraba que no tenía a nadie más y que me dejaba por mis celos enfermizos. Pero si la celaba era porque me daba motivos. Ya no me quería ver, odiaba que la acompañara a la universidad, esquivaba mis llamadas y nuestros encuentros eran pocos.

Por eso, para despejar esa gran duda, una noche me vestí de negro, tomé mi chaqueta y en su bolsillo derecho acomodé mi puñal por si era necesario defenderme de algún ladrón. Me puse una gorra negra y caminé hasta el sitio donde ella estudiaba. Ya eran las nueve. Me escondí detrás de unos autos y empezaron a salir los estudiantes. Algunos de ellos me miraban con recelo mientras yo chequeaba mi reloj para disimular, hasta que al fin la vi salir. Herví de ira al notar que esperaba a uno de sus compañeros. Él le compraba un refresco en la tienda, luego se lo pasó y ella lo tomó lentamente. Enseguida caminaron hacia la parada del autobús y al llegar a la vía principal siguieron la marcha, hablando muy de cerca, mirándose fijamente. Yo esperaba que se besaran para confirmar mi sospecha, pero no lo hacían. Caminaron sobre la avenida durante veinte minutos. Yo seguí detrás guardando la distancia. Después llegaron a un sitio de tertulia donde había unas quinientas personas, se metieron entre la gente, mientras yo di varias vueltas y no los encontré. Me empecé a enfurecer preguntándome a dónde habían ido esos amantes. Caminé en círculos para luego dirigirme hacia un pequeño parque donde los logré divisar. Se estaban besando.

Entonces, por un instante olvidé el amor que le tenía y enceguécí de ira. Me acerqué, la sujeté duro, la sacudí, pedí una explicación, pero ella enmudeció ante mi presencia. El tipo ese, me recriminó y me apartó fuertemente. Sin pensarlo saqué mi puñal y le lancé siete navajazos seguidos. Luego del crimen escapé y me oculté entre unos arbustos. A los pocos minutos estaban como mil policías buscándome y me hallaron con el foco de un helicóptero.

Hace poco me sentenciaron a veinte años de prisión.

## Todo yo

—¿Qué hora es ya?

—Mmm..., van a ser... Ah, ese reloj, ¿quién es el que lo mueve?

—Pues quién va ser ¡Pues ese niño!

—Ya se va pasar el noticiero.

—Pa lo que dicen. Que el covid, covid, ¡ahhh!

—Listo, ya quedó. Las doceee y... veinte. Ajá.

—¿Quién está tocando? Mirate a ver.

—Nooo, pues todo yo, ¿no?

—¿No ves que estoy lavando estos trastos? Ayude, ayude.

—Ah, eso deben ser esos venezolanos. Como siempre pidiendo. Ah, no, no eran. Por ahí no hay.... eso t' más solo. Nadie.

—¿Taré loca? escuché patentico.

—La cuarentena la tiene así.

—Atrevido, respetame por ser tu mama o por vieja, al menos.

—Ah, mamá sí es, ja ja ja.



## Paralizado

—Jamás pensé que fuera a pasar una cosa de esas. Cuando me lo dijeron, quedé paralizado.

—¿Cuándo te diste cuenta de la noticia?

—Ese mismo día. Mi tía me llamó muy alarmada.

—Realmente para mí no fue sorpresa. Era de esperarse un desenlace así.

—¿Por qué lo dices? ¿Hay algo que yo no sepa?

—Bueno... tú sabes que él era muy reservado, pero cuando se tomaba sus tragos...

—¿Se ponía grosero o algo así?

—No, todo lo contrario, era un hombre muy tranquilo. Ya fuera ebrio o sobrio mantenía la calma, pero le era más fácil expresar ciertas emociones cuando estaba bebido.

—Y cómo... ¿qué decía?

—Se ponía triste, empezaba a llorar, decía que no servía para nada, que la mamá no lo quería, que nadie lo quería.

—Es una lástima, jamás supe de eso. Tal vez hubiese tomado cartas en el asunto, no sabía de esos momentos tan depresivos de mi querido primo.

—¡Y eso es poco! Él vivía diciendo que anhelaba la muerte.

—¡Pero si era muy joven!

—Sí, pero su cabecita estaba lastimada, peleaba mucho con su madre y hermanos, y realmente sí lo trataban muy mal.

—Pero yo pensaba que vivían en armonía.



—¿Armonía? Nooo. Esa gente no sabe de eso. Apariencias, muchacho, apariencias.

—Te aseguro que lo que me dices es nuevo.

—Por eso, ahórrate esfuerzos. Evita tanto desgaste. Esa familia no merece tu apoyo. Yo era el paño de lágrimas de ese pobre muchacho.

—Bueno ¿y cómo ocurrió todo?

—Esa noche tuvo un fuerte alegato con su hermana menor. Ella ha sido la consentida de tu tía.

—Pero en parte tiene razón. ¡Ella es muy tierna!

—Ah, bueno, pues tu ternurita, cuando lo escuchó decir lo que dijo, incluso lo desafió y enfatizó que él no tenía agallas para matarse.

—Seguro que yo... la tenía en otro concepto.

—Para que vaya viendo. Ese muchacho salió como alma que lleva el diablo. Además, esa noche estaba tomado. Yo escuché desde mi casa cuando salió disparado. Cuando abrí la ventana y vi que en su mano derecha llevaba un lazo, aunque estaba oscuro se lo alcancé a ver.

—¿Por qué no lo llamó?

—Me gasté la garganta, pero iba enloquecido.

—¿Y nadie lo siguió?

—¿A dónde, muchacho? Era casi medianoche y salió por la calle larga a toda prisa.

—¿Qué se supo luego? Porque según tengo entendido solo se dieron cuenta de ello al otro día, a eso de las diez.

—Según parece, se fue directo hasta la finca de don Arnulfo y llegó hasta el árbol bajo cuya sombra almorzaban cuando trabajaba con otros jóvenes

allá. Él conocía muy bien el lugar, por eso llegó hasta allí en medio de esa oscuridad y se ahorcó.

—¡Qué pesar de ese muchacho! Tal vez lo motivó la ebriedad.

—¡No! Lo motivó el desprecio de esa gente, porque hasta el mismo vicio del alcohol fue por culpa de ellos.

—No sé qué pensar, doña Agustina.

—Sigue preguntando. Todos te dirán lo mismo. ¡Aléjate de esa gente! Son parte de tu familia. Pero esas son personas interesadas. Les gusta despertar lástima y se aprovechan de lo ocurrido para buscar compasión.

—Me dejaste pensando mucho. Creo que mejor llevaré todo con calma.

—Y no te dejes enredar por esa... por tu tiernita. ¡Te la quieren meter por los ojos!

—No, no lo creo.

—Eres bueno, no ves esa jauría de hienas que te acechan.

—Gracias, mi señora.

—Por lo menos quiero salvarte a ti, ya que no pude hacerlo con Alfred.

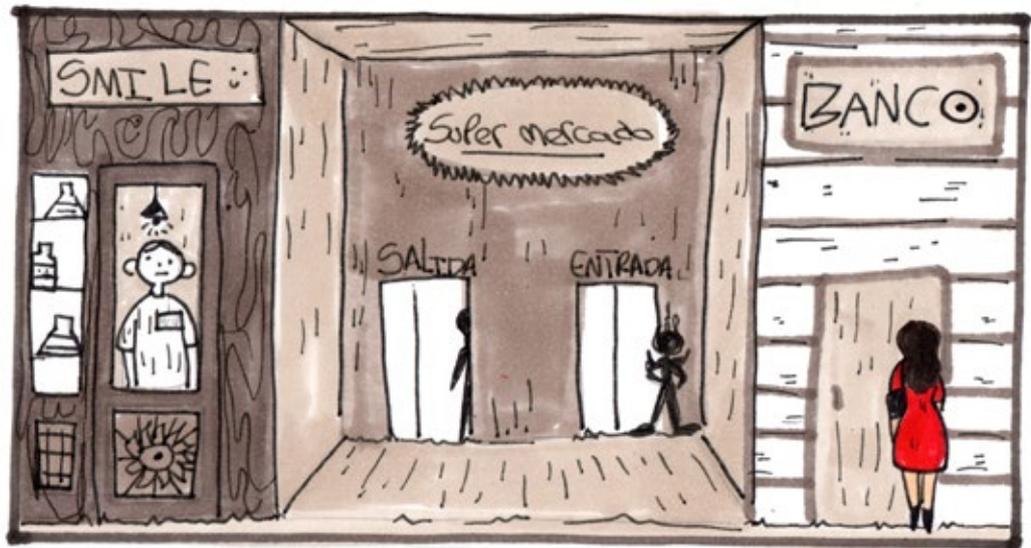


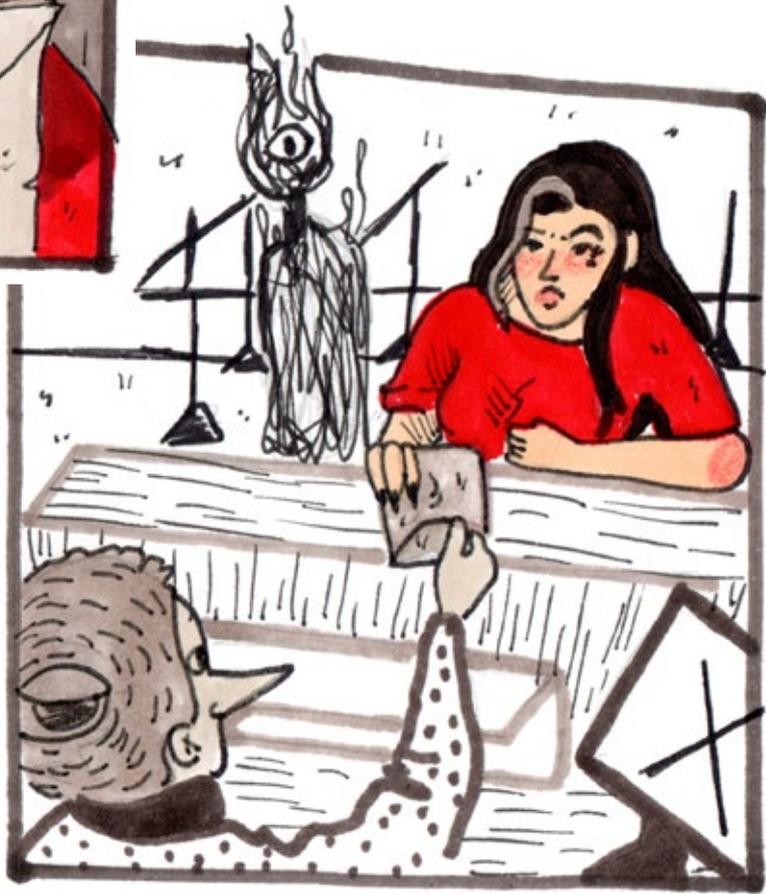


Des-acierto

NOVELLA  
GRÁFICA



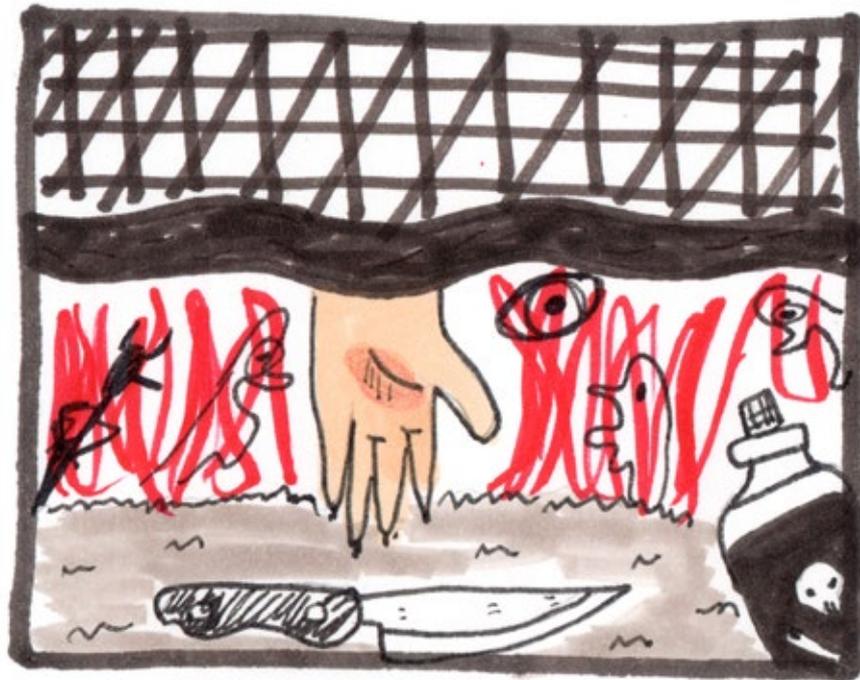


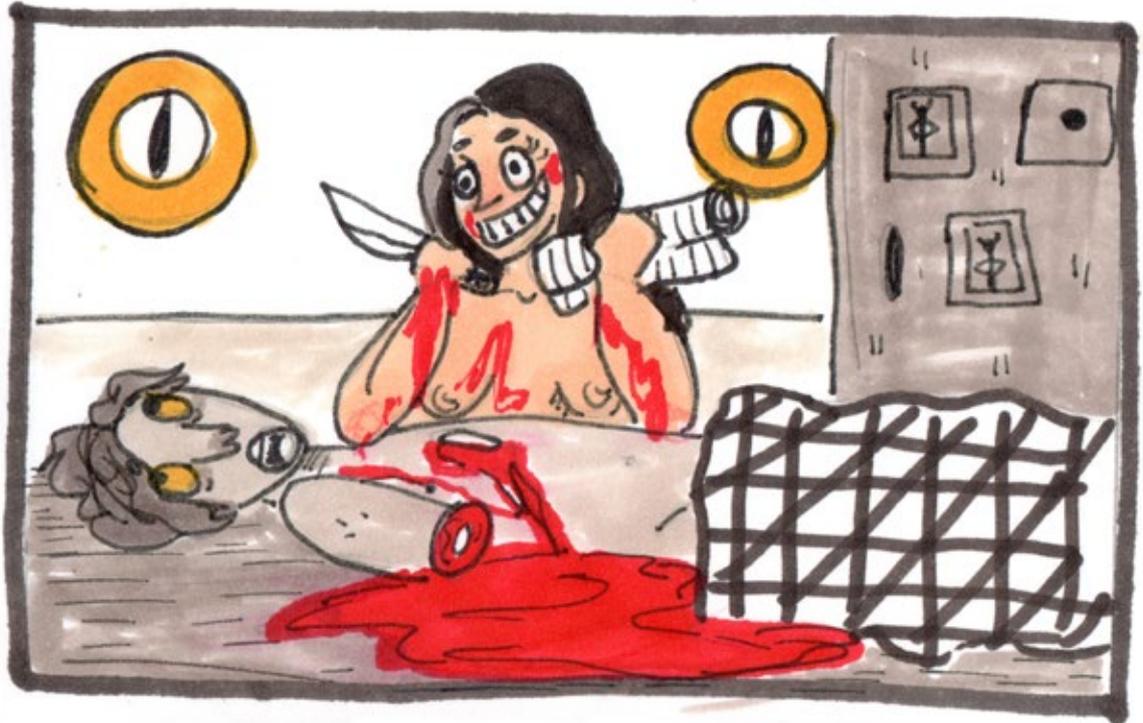


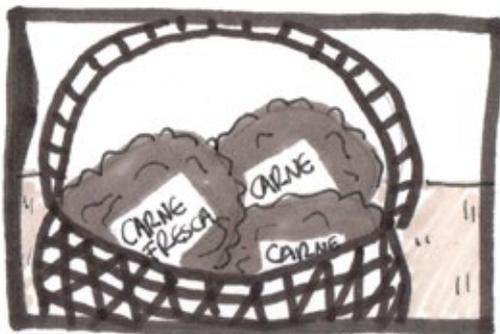
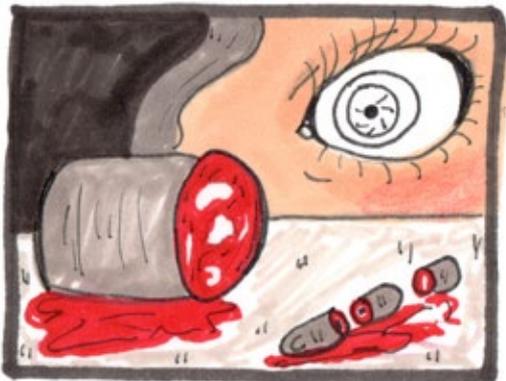
















EDITOR

ANDRÉS

FELIPE

PARÍS

Andrés París nació en Restrepo, Valle, el 16 de mayo de 1985. Licenciado en literatura y Magister en Literaturas Colombiana y Latinoamericana. Trabajó como docente en la Universidad de San Buenaventura en la Formación de futuros docentes, y es el editor del presente libro. Actualmente es profesor en la Universidad del Valle, cargo que ocupa desde 2012. Su campo de investigación es la didáctica de la escritura y el análisis del discurso literario con diferentes objetivos, perspectivas y géneros: la recepción y la producción en medios virtuales.

El próximo año realizará el lanzamiento, en su editorial Anaconda, de dos libros, en formato digital, para comunidades con discapacidad auditiva y visual. El profesor París se encuentra vinculado laboralmente con el magisterio de Colombia y orienta el área de Humanidades Lengua Castellana en la Institución Educativa Cárdenas Mirriñao, en el municipio de Palmira.









La presente antología compuesta de 33 narraciones de las jóvenes escritoras que participaron en el curso Escritura Creativa: Géneros Narrativos, comenzó a gestarse desde principios del año 2020. En sus letras se entretajan diversas poéticas que conceptualizan temas generales a partir de una concepción personal. Todos los relatos buscan, de una manera u otra, contribuir a la revisión de la mirada de los jóvenes marcada por la cotidianidad que se expresa en la urbe; en sus líneas clama la voz de la cultura juvenil confabuladas con la tradición cultural de nuestro tiempo.



VIBILADA MINEDUCACIÓN



UNIVERSIDAD DE  
SAN BUENAVENTURA  
CALI

EB  
EDITORIAL  
BONAVENTURIANA



@EditBonaventuri



editorialbonaventuriana



Editorialbonaventuriana



editorial-bonaventuriana

[www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co](http://www.editorialbonaventuriana.usb.edu.co)